

EDICIONES
BISTAGNE

1^{pta}



SEVILLA

DE MIS AMORES

CONCHITA MONTENEGRO - RAMON NOVARRO

SEVILLA DE MIS AMORES

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

SEVILLA DE MIS AMORES

Magnífico asunto totalmente hablado y cantado en español

Asistente Director: CARLOS F. BOSCOSQUE

Argumento de DOROTHY FARNUM

Diálogo por JOHN COLTON

Versión española de RAMÓN GUERRERO

Música de HERBERT STOTHART y RAMÓN NOVARRO

Acústica por DOUGLAS SHEARER

Director Artístico: CEDRIC GIBBONS

Fotografiada por MERRITT B. CORSTAD

WESTERN ELECTRIC SOUND SYSTEM

Dirigida por RAMÓN NOVARRO

Producción de la famosa marca

Metro - Goldwyn - Mayer

Distribuida por

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA

REPARTO

<i>Juan de Dios</i> . . .	RAMÓN NOVARRO
<i>María Consuelo</i> . .	Conchita Montenegro
<i>Tío Esteban</i> . . .	José Soriano Viosea
<i>Madre Superiora</i> .	Sra. L. C. de Samaniego
<i>Lola</i>	Rosita Ballesteros
<i>Enrique Vargas</i> .	Martín Carralaga
<i>Lulú Laponco</i> . .	Srta. María Calvo
<i>Empresario</i> . . .	Mickael Vavitch

etcétera

SEVILLA DE MIS AMORES

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

CAPITULO I

Era el tiempo de la vendimia en la soleada Andalucía. Los labradores estaban alegres y sus risotadas y canciones resonaban a través del valle.

De pronto, uno de ellos, hombre de mediana edad, señaló a sus compañeros una nube de polvo que avanzaba rápidamente por la carretera. En aquella tierra, indolente y voluptuosa, todo apresuramiento auguraba algo insólito, de manera que los tres hombres quedaron mirando con una especie de temor reverente la polvorienta nube que se acercaba.

—Debe ser el médico de San Clemente—aventuró uno de ellos—. Y viene para un caso apurado; porque si no, ¿cómo iba a hacer correr así cuesta arriba a su caballo en un día tan caluroso como este?

Los otros asintieron con la cabeza y siguieron mirando el camino.

—Sí; es el doctor del Val—declaró Romero, el más viejo de los tres—. Reconozco su caballo.

Los aldeanos cambiaron una mirada ansiosa. ¿Se habría agravado la dueña del cortijo, doña Luz, que no había reco-

brado las fuerzas desde la muerte de su marido, hacía cosa de un año?

El carruaje del doctor estaba cerca ahora, y los hombres observaron con sorpresa que el médico no llegaba solo.

—¡El Padre Junípero viene con él!—exclamó el más joven del grupo, un mozo que había nacido y se había criado en la hacienda.

—¡Debe estar muy grave la señora!—afirmó Romero. Y los tres inclinaron la cabeza y se santiguaron mientras el santo varón los bendecía al pasar.

—¡Y el capitán Enrique en el moro!—murmuró el mozo de grandes ojos castaños—. ¿Lo habrán mandado llamar?

—No lo creo... Las cosas andan de mal en peor en Africa. Y luego, tardaría mucho en llegar aunque le dieran licencia.

—¡Pobre María Consuelo!—añadió el muchacho—. ¡Solita aquí en estos momentos!

—María es un ángel—replicó el viejo—. ¡Dios la protegerá!

Una alegre carcajada resonó a lo lejos en el campo.

—No saben nada todavía ésos—agregó.

—¡Corre a decírselo, Bonifacio!

Romero y el otro quedaron esperando hasta que el carruaje del doctor se detuvo ante la gran casa de piedra de la patrona, y volvieron lentamente a su labor, preguntándose en qué forma les afectaría este acontecimiento.

El doctor del Val penetró en la casa apresuradamente, mientras el Padre Junípero, llevando el Viático, lo seguía con andar más reposado.

La vieja criada Margarita, que había estado al servicio de los Vargas durante cuarenta años, le ofreció una vasija de agua fresca y una toalla blanca como la nieve.

—¿Cómo está doña Luz? — preguntó suavemente el sacerdote.

—Está acabándose — suspiró la mujer.

Del cuarto de la moribunda partían lastimeros sollozos. El Padre Junípero comprendió que era María.

—¡Llámalas aquí!—ordenó.

Margarita se apresuró a obedecer. En la puerta encontró al médico que salía.

—Está en las últimas — dijo éste —. Nada puedo hacer.

El sacerdote movió la cabeza y quedó pensativo unos instantes. Viniendo del cuarto de la enferma apareció una viejecita de rostro apergaminado, la abuela Vargas, ciñendo con su brazo la cintura de una joven bellísima aun en medio de su dolor. Era María.

Tenía apenas diez y ocho años; su tez, aterciopelada como un melocotón, era más blanca de lo que generalmente se ve en las comarcas meridionales de España. Sus cabellos, castaño claro, tenían reflejos dorados a la luz del sol poniente que entraba por las amplias ventanas. El sacerdote pensó en el famoso lienzo de Santa Cecilia que se halla en la Catedral de Sevilla.

—¡Ven acá, hija mía! — murmuró el Padre Junípero.

María levantó la cabeza y miró al Padre con los grandes ojos garzos enrojecidos por el llanto. Inmediatamente se sintió fortalecida. Con el sacerdote en la casa, la muerte perdía mucho de sus terrores.

—¡La gracia del Señor sea contigo,

María! ¡Que El te dé el consuelo y la resignación! — dijo el santo varón, tocando suavemente la frente de María al hacer la señal de la cruz.

La abuela Vargas se dirigió entonces al sacerdote.

—¿Tiene usted todo lo necesario, Padre?—preguntó.

—Sí, señora — replicó éste, abriendo respetuosamente el cofrecillo que encerraba la hostia y los santos óleos.

Todos cayeron de rodillas y comenzaron a rezar las preces de los moribundos, mientras el Padre Junípero penetraba en la alcoba de la enferma. Poco después salía apresuradamente.

—¡María... doctor... señora, pronto! ¡El fin se acerca!

La joven se precipitó al lado de su madre, sollozando:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Doña Luz pudo todavía sonreír. Un momento después su espíritu había volado a otras esferas.

El Padre Junípero condujo a María fuera de la habitación.

La campana de la hacienda que llamaba a los peones al trabajo comenzó a doblar. Los mozos de labranza comprendieron que doña Luz había muerto.

—¿Qué se hará de María ahora?—murmuró uno de ellos.

El Padre Junípero preguntábase lo mismo en aquel instante. María se encargó de contestar la frase no formulada.

—Padre, yo no puedo quedarme aquí... ¡Me moriría de pena y de soledad!

Era tan joven y tan inexperimentada que el Padre Junípero se sorprendió de oírle expresar tal decisión.

—En tu lugar, hijita mía, yo esperaría hasta recibir carta de tu hermano, el capitán Enrique. Quizás se decida a abandonar el ejército para hacerse cargo de la hacienda, y en ese caso querría que tú le acompañases.

—No, Padre — dijo María con resolución —. Me voy a Sevilla.

—¿A Sevilla? ¡No lo permita Dios! No tienes allá ningún pariente.

María le sonrió a través de sus lágrimas.

—No se asuste, Padre; estaré muy bien

en Sevilla. El deseo de mi santa madre fué siempre que yo me dedicase al servicio de Dios... y haré lo que ella deseaba.

El viejo sacerdote la miró extasiado.

—¿Quieres decir que tomarás el velo, María? ¡Esto es maravilloso! Mi her-

mana es superiora del convento de las Agustinas en Sevilla. ¿Puedo esperar que ingresas en el mismo monasterio?

María se conmovió al ver su entusiasmo.

—Eso estaba decidido hace mucho tiempo—murmuró.

* * *

Pocos días después aparecía en los periódicos de Sevilla una nota obituarial, orlada de negro, anunciando el fallecimiento de doña Luz. Había muchas notas semejantes en la página; y cierto mozaibete de negros ojos, sentado a la mesa de una taberna que ostentaba el presuntuoso nombre de Café de la Mariposa, las leía distraídamente para pasar el tiempo hasta la llegada de los parroquianos, esperando que le avisaran que era hora de entretenerlos con sus canciones. El nombre de Vargas no le llamó la atención, pero al encontrarse con el de la hacienda Ventura, se despertaron sus recuerdos.

—¡Lola, mira esto! — dijo a una joven sentada frente a él.

Lola era una bailarina del Café de la Mariposa.

—¿Qué hay? — dijo ella yendo a sentarse en sus rodillas. Era una criatura voluptuosa, y el vestido que llevaba hacía resaltar sus encantos.

—Yo trabajé un otoño para esta señora, en la cosecha de aceitunas—dijo.

—¿De veras, Juan de Dios? Quizás te habrá dejado algo en su testamento—repuso ella, dándole un beso—. De ser así, nos podríamos ir a Madrid, donde me apreciarían mejor.

Juan se echó a reír.

—Yo te aprecio bastante, chiquilla rebonita, aunque te estás poniendo un poquito gruesa...

Lola se hizo la ofendida y regresó a su asiento, llevándose el periódico. Encontró en otra página algo más sobre la muerte de doña Luz, y la noticia de que María iba a entrar en el convento de las Agustinas. Esto le interesó, dado que no tenía que hacer más que levantar los ojos para ver los altos muros del convento frente al abierto patio del café.

—Aquí tienes otra noticia, chico — exclamó tirándole el papel.

Juan leyó el suelto sin manifestar emoción alguna.

—No me acuerdo de ella — dijo con indiferencia—. Pero ¡qué idea de venir a Sevilla, la tierra del amor, la música y la alegría, para meterse en un convento! ¡Esa muchacha debe estar loca!

—¿Te parece así? Quizás sea muy cuerda, por el contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que la bonita postulante, encerrada detrás de esas paredes, no se verá privada del gusto de oírte cantar. Pero... afortunadamente, la pared es bien alta.

Juan estaba a punto de replicar cuando el hostelero le golpeó rudamente en el hombro.

—¿Qué haces ahí tan sentado?—dijo—. Yo te pago para que cantes.

Juan empujó con aire desdenoso la mano del patrón, y se acercó a Lola.

—Acuérdate, Lolilla — murmuró—. No me gustan los ángeles, sino las hembras jacarandosas...

CAPITULO II

Por más tranquila que fuera, la vida del convento tenía su atractivo y novedad para quien jamás había salido de un aislado y solitario cortijo; y María no echaba de menos los valles y montañas de las sierras. Desde la ventana de su celda podía divisar la torre de la Giralda donde, a ciertas horas, hombrecillos que a la distancia parecían gnomos, se colgaban con todo el peso de su cuerpo de las cuerdas del campanario, echando al vuelo las campanas. Más le interesaba, sin embargo, la música que se percibía tras de los muros del convento, partiendo del vecino Café de la Mariposa, a la que se unía por las noches la clara voz de tenor de un cantante invisible.

Excitada su juvenil curiosidad, una noche, después de vísperas, María y otra chica postulante se aventuraron a subirse a la pared para echar una ojeada a lo que pasaba en ese misterioso mundo exterior. No lograron ver al cantante, y lo peor del caso fué que las sorprendieron y hubieron de sufrir una fuerte reprimenda por su atrevimiento.

La reprimenda no surgió, desde luego, el efecto deseado. Con más frecuencia que nunca volaban los pensamientos de María hacia el desconocido cantor. Sin sospechar el motivo, comenzó a dedicarse

a la música con redoblado interés, a tal punto que le encomendaron algunos solos en los oficios vespertinos.

Su compañera, revoltosa incorregible, dirigía siempre los paseos a los lugares pecaminosos. Una tarde, ya anochecido, en que escuchaban las últimas y quejumbrosas notas de una canción amorosa en el café contiguo, la traviesa postulante tentó a María para que cantase a su vez, de manera que el desconocido pudiese oírla.

María enrojeció, llenándose de confusión.

—¡Oh, no, no estaría bien! ¡La madre Superiora no me lo perdonaría nunca!

La otra sonrió maliciosamente.

—Y ¿para qué estudias entonces todo el día? ¿Solamente para cantar en las vísperas?

La sencilla joven sintió un golpe en el corazón, comprendiendo de repente el porqué de su aplicación al canto. Aquella noche redobló sus oraciones, rogando a la Santísima Virgen que le perdonase su delito. Es verdad que no la sujetaba todavía ningún voto, pero la Superiora las amonestaba diariamente para que no desearan extraviarse sus pensamientos en cosas profanas...

“¡Ave María! ¡Las seis de la tarde y sereno!”

Las campanas de la torre de la Giralda dieron la hora.

Una atmósfera de paz infinita invadía los claustros del convento. Las monjitas de turno recorrieron los vastos corredores agitando una campanilla para avisar que era tiempo de reunirse para los oficios de la noche.

María, que trabajaba con otras en el jardín, se irguió preparándose a encaminarse a la iglesia, cuando vibraron en sus oídos los acordes de una guitarra acompañando las frases apasionadas de una antigua canción de amores.

La doncella quedó clavada en el sitio. La voz del cantor tenía ardientes sonoridades aquella noche. María estremecíase fascinada.

La hermana Teresa se aproximó con pasos silenciosos.

—Vamos, hijita, vamos; llegarás tarde a la capilla — murmuró suavemente.

María se sobrecogió y, como un cervatillo espantado, corrió a ocupar su puesto en la pequeña capilla del convento. Era día festivo, y monseñor Gómez había venido expresamente de la Catedral para officiar la bendición.

Las velas refulgían en el altar; el humo del incienso envolvía en nube perfumada las imágenes. Contemplando a las monjas perdidas en sus negros hábitos, a las novicias vestidas de blanco algo más atrás, y a las postulantes con sus velos de muselina, arrodilladas en los últimos bancos, todas con la cabeza devotamente inclinada en silenciosa oración,

María experimentó una emoción imponderable. Era tan diferente del mundo profano adonde la habían arrastrado sus pensamientos durante la última media hora, que la envolvió un apacible sentimiento de sosiego. Vislumbró el rostro de la Superiora, bello y tranquilo, iluminado por el misticismo, y recobró todo su valor. Aquella era la vida que había elegido, y, de pronto, la encontraba buena y suficiente.

Sonó una campanilla y Monseñor subió al altar. María no levantó los ojos hasta que comenzó la letanía del renunciamento.

“De todos los pecados de pensamiento, de palabra y obra...” entonó el oficiante.

“¡Libranos, Señor!” vino la respuesta al unísono.

A María le parecía que esa plegaria tenía hoy una significación especial.

“De las pompas y vanidades del mundo...”

“¡Libranos, Señor!”

María oraba, tratando desesperadamente de cerrar los oídos a la canción del desconocido cantor.

Mientras la letanía continuaba, en escala ascendente y descendente, la Superiora se levantó y acercóse a María.

—Suba al coro y cante con el órgano, hermana María Consuelo — sugirió la santa mujer—. El *Ave María* o el *Ades-te Fidelis*. La hermana Anastasia cantará las respuestas.

María Consuelo inclinó la cabeza y comenzó a subir las escaleras, con el corazón saltándosele del pecho. ¿Por qué la

habían escogido precisamente aquella noche?

De repente se le ocurrió que era una penitencia, una expiación que el Señor le imponía por medio de la madre Superiora. Expuso a la hermana Anastasia, que tocaba el órgano, el mandato de la Superiora y se preparó para cantar, preguntándose si sus trémulos labios podrían obedecerla.

Dos veces perdió la entrada; pero al cabo, su voz fresca y pura se elevó sobre las sonoras notas del órgano.

El sonido viaja tanto en una dirección como en otra; y si las monjitas del convento de las Agustinas escuchaban sin querer los ecos voluptuosos del tango o de las canciones amorosas, sucedía también que los parroquianos del Café de la Mariposa se aburrían o se divertían, según el humor, con la música religiosa que descendía hasta ellos desde los muros del convento.

Aquella noche, mientras Juan miraba a Lola bailar para contento de los *habitués*, el canto de María llegó a sus oídos. No era aficionado a la música sagrada; pero la voz natural y melodiosa de la joven le llamó la atención, y salió al patio para escuchar mejor. Levantó la cabeza y vió perfectamente la reja del coro y la sombra de la cantante reflejada en la pared blanqueada de la iglesia. Un rayo de malicia brilló en sus ojos al descubrir un árbol que le invitaba a subir y contemplar de cerca a esta tímida paloma encerrada entre los muros del convento.

—¡No, eso no!—exclamó en voz alta.

Una risotada estalló en las sombras, y Lola avanzó por entre los árboles moviendo con sorna la cabeza.

—Ya me imaginaba que estarías haciendo alguna diablura—dijo con acritud.

Juan no se tomó el trabajo de disimular su disgusto.

—¡Cállate! —ordenó—. ¡Déjame oír!

María cantaba de nuevo. No hablaron hasta que terminó.

—¡Qué voz más linda!—declaró Juan de Dios.

Su entusiasmo por la cantante no fué del agrado de Lola, que hizo un mohín de desdén.

—Eres un sentimental, chiquillo. ¡Que tú, un cantor de los requetebuenos, llames bonito a ese hilito de voz...! ¡Bah! De seguro que lo que te gusta es la inocencia...

Juan se dió una palmada vigorosa en la pierna.

—¡Eso mismito! —exclamó—. Adivínaste, Lola. Me estaba admirando de que hubiese todavía inocencia en el mundo...

—¡Esa sí que es buena! ¡Que tú, Juanillo, me salgas con esos desplantes! ¡No hay duda que estás chiflado!

Juan no replicó de pronto, y, en medio del silencio, oyeron la cascada voz de la hermana Anastasia. Hablaba con María, mientras descendían las escaleras del coro.

—Lo hizo usted muy bien, hermana María Consuelo —declaró la anciana monja. La respuesta de María fué muy callada y no llegaron a percibirla.

Lola se volvió a mirar a Juan de Dios con ojos burlones.

—¡Vaya, vaya! Tu palomita del viñedo. ¿No es una coincidencia extraña que te encuentre yo aquí oyéndola cantar?

Juan no la escuchaba siquiera. La vida tenía para él sabor de novela, y el hecho de descubrir tan impensadamente que la cantante era María Consuelo, le enardecía como un vino generoso.

—¡Pero si debe ser una chiquilla!—comentó. Luego, comprendiendo lo ridículo de la situación, soltó una carcajada. —¡Anda, Lola, vamos, es hora de bailar!

Cifó con el brazo la cintura de la muchacha. Lola se oprimió contra él.

—¡Bésame, Juan! —murmuró ardentemente, acercándole sus labios—. ¡Dime que me quieres!

CAPITULO III

Lola Montes vivía en un pequeño entresuelo en el barrio de Santa Cruz, donde Juan la visitaba con frecuencia. Se habían conocido cuando el destino los juntó en el Café de la Mariposa. Ella había tenido amores con muchos hombres, pero solamente cuando conoció a Juan se creyó verdaderamente enamorada. Experimentada en las artes del amor, ya que no en el amor mismo, no echó en saco roto el incidente del convento, aunque, si lo que Juan decía era cierto, ni él ni Lola habían visto jamás a la muchacha. Con mayor discreción de la que acostumbraba, no volvió a mencionar el nombre de María; pero, a la callada, comenzó a indagar en varios cafés de Sevilla esperando encontrar la oportunidad de alejarse de la proximidad del monasterio.

En realidad, no tenía por qué preocuparse, ya que Juan era muy voluble. Al día siguiente ganó el mozo un pequeño premio en la lotería, y su único pensamiento fué gastarse el dinero alegremente. Dícidieron que asistirían a la corrida de toros del domingo, y fueron en carruaje, como correspondía a quien estaba destinado a ser el tenor más eminente que Sevilla hubiese producido. Juan estaba muy pagado de sí mismo.

Aunque dado a vanagloriarse, lo hacía,

sin embargo, con jactancia y entusiasmo tan infantiles que quitaba toda idea de orgullo verdadero. Su carácter indolente y despreocupado fascinaba a Lola y la inquietaba al mismo tiempo, comprendiendo que si ella le pertenecía, Juan pertenecía solamente a Juan. Hijo del arroyo, había adquirido en las calles de Sevilla una habilidad extraordinaria para darse cuenta de las cosas de una simple ojeada. Su regocijo fué muy grande cuando descubrió que Lola había estado tratando de conseguir un nuevo empleo para ambos. No le dijo una palabra del asunto, pero se percató inmediatamente del motivo, y con refinada sutileza comenzó a repetirle que cada día le gustaba más el Café de la Mariposa. Era precisamente el lugar que les convenía, declaraba con mucha seriedad.

Regresaban al café después de la corrida, cuando vieron pasar junto al carruaje, y adelantar a éste, a un oficial de caballería. Era un jinete apuesto, de rostro atezado. Con sorpresa le vieron apearse frente a la puerta del convento y acercarse a la mirilla detrás de la cual se hallaba la tornera, hermana Concepción.

—Parece recién llegado de Africa—dijo Juan.

Su suposición resultó cierta, porque el oficial era Enrique Vargas, el hermano de María.

La hermana tornera acudió prontamente con un pesado manojo de llaves y abrió la puerta.

—Quisiera ver a la postulante María Consuelo Vargas—dijo el joven.

La monjita le sonrió graciosamente, porque no era insensible a la buena apariencia del oficial.

—¿Y usted, señor, es...?

—Soy su hermano, el capitán Enrique Vargas, del regimiento de Caballería de Su Majestad, en Africa.

—Perfectamente, capitán. Sírvase pasar al locutorio. — Señaló un saloncito donde esperaban los visitantes—. No es hora de visita, pero hacemos ciertas excepciones en casos como el presente. Pronto estará aquí su hermanita.

Desde donde estaba, podía el capitán mirar un buen trecho de los campos del convento. La escena era tan diferente de lo que había estado acostumbrado a ver en los cuatro años de su estancia en Marruecos, que no se le hizo larga la espera. En todo ese tiempo no había visto a María, y se preguntaba si la reconocería al verla. De pronto divisó a una postulante que atravesaba corriendo los claustros del convento, con el hábito recogido sobre los piecitos ligeros.

—¡María Consuelo!—gritó.

María lo vió y se precipitó hacia él, para caer en sus brazos.

—¡Enrique! ¡Enrique!

Pasado un momento, el capitán la separó un poco de sí, mirándola con ternura, mientras una sonrisa de felicidad iluminaba su rostro austero y sus ojos, de fulgores sombríos.

—¡Eres tú, María, en verdad! Pero si te hubiese encontrado en la calle apenas te habría conocido.

—Hace siete años que tu regimiento se marchó de Sevilla. ¡Cuántas cosas han pasado en ese tiempo! Primero, papá... luego, mamá...

Lágrimas de pesar mezcladas con su alegría inundaron los ojos de la joven. Al cabo, pudo sonreír de nuevo.

—He cambiado un poco, ¿verdad?—inquirió ella modestamente.

—Eso es poco decir — declaró Enrique—. Entonces no eras más que una niña... Hoy eres una mujer.

—Tú también has cambiado, Enrique. Estás más delgado... ¡y qué moreno! Debe ser muy fuerte el sol de Africa; pero estás lo mismo que te he soñado — agregó sonriéndole—. Cuando llegó tu retrato me permitieron verlo, aunque tú sabes que no podemos recibir fotografías. La Madre Superiora dió un permiso especial porque estabas en el frente.

—Ya lo sé — asintió su hermano—. Pero íbamos a entrar en acción, y yo no sabía si lo contaría... Pero me libré una vez más, a cambio de un rasguño.

—¿Te hirieron?—exclamó María.

—Cosa muy ligera—replicó él—. Y lo celebré, porque me dió la posibilidad de regresar. Me voy a la hacienda dentro de pocos días. Quiero ver cómo marchan las cosas por allá. Tal vez me retire del servicio, si desocupamos Marruecos.

—El Padre Junípero y los otros tendrán mucho gusto en verte.

—¡Ay, hermanita, si supieras cómo ansiaba reunirme contigo cuando murió nuestra madre! Pedí licencia, pero el coronel me la rehusó... las cosas andaban muy mal en Africa entonces. Felizmente, Dios ha sido bueno para contigo, María. El te trajo a esta santa casa, donde estoy seguro que te han cuidado mejor de lo que yo habría podido hacerlo... Pronto serás suya para siempre...

Detúvose bruscamente al sentir la presión de los dedos de María en su brazo.

—Pero, Enrique... Yo creía que al venir tú...—murmuró la doncella, de manera casi ininteligible.

Por primera vez se daba cuenta de que en el fondo del deseo de ver a su hermano palpitaba la esperanza de que la sacara de allí. Pero el capitán no la comprendió, pues dijo aún:

—¡Qué feliz se sentiría nuestra madre de verte consagrada al Señor! Era su más ferviente deseo.

Esta referencia a su madre selló los labios de la joven. Tratando de huir la mirada de su hermano, tropezaron sus ojos con la estatua de la Virgen, que parecía reprocharle su perfidia. Un gemido se escapó de sus labios.

—¿Qué decías, hermanita? No te oí.

—Nada — replicó ella lentamente—. Estaba pensando en voz alta, supongo...

Por sobre el muro llegaron los primeros acordes de la música del café. Una voz de hombre comenzó a cantar. Era Juan.

Sal al día que muere fugaz,

Gozar con viva pasión;

Prueba todo amor,

Baila, es la ocasión.

¿Quién bailará mañana?

Sal a la luz que muere fugaz.

Olvida que habrás, que habrás de pagar.

Quienquiera que seas, lograrás amor;

Recuerda, la luz es fugaz.

El capitán frunció el ceño. Conocía la canción, y no le parecía lo más a propósito para una joven destinada a renunciar a las pasiones del mundo.

María procuró dominar su agitación.

—¿Qué te pasa, María? — preguntó él con cierta impaciencia.

Ella vaciló un momento, buscando las palabras.

—Decía... digo... ¡Qué canciones más bonitas se cantan en el mundo!

—Dale las gracias a Dios de encontrarte a salvo detrás de estos muros, hermanita — declaró él con fervor—. ¡Feliz tú, que nunca conocerás ese mundo ni sus maldades!

—¿Cómo puede ser tan malo el mundo... y su música tan dulce?

—De muchos modos se disfraza el diablo. ¡Tápate los oídos; no le escuches, María!

La hermana Concepción entró en este momento, y el capitán se alegró de que viniera.

—Lo siento, señor capitán, pero es

hora de que María vaya a la capilla.

Enrique se inclinó y, volviéndose a su hermana, la besó en la frente.

—Hasta la vista, hermanita. Volveré a verte muy pronto.

María sonrió valientemente, aunque se le desgarraba el corazón al ver alejarse a su hermano. Escuchó el rumor del portón al cerrarse tras él, y una lágrima rodó por sus mejillas. El terror la acometía.

No queriendo encontrarse con la hermana Concepción que regresaba haciendo sonar sus llaves, la joven corrió a refugiarse en la gruta de Nuestra Señora de Lourdes que se elevaba en un rincón del jardín. Cayó de rodillas y comenzó a orar apasionadamente.

—¡Madre mía! ¿Tiene razón Enrique? ¿Es verdad que el mundo es tan malo?

Afuera vibraba la voz del canfor.

María se puso a sollozar.

—Todas las noches prometo que no le he de escuchar... y todas las noches estoy esperando que cante. ¡Perdóname, madre mía! Hoy será la última vez.

El invisible cantante proseguía la canción.

María temblaba de pies a cabeza.

—¿Estoy loca? — murmuró—. No puedo soportar esto. Tengo que ver al cantor.

Inconscientemente había observado muchas veces las posibilidades de un árbol que se alzaba cerca del muro. Fué cuestión de un minuto, y María se encontró encaramada entre el espeso follaje. Con el corazón palpitante, avanzó sobre una rama y separó las hojas. Abajo, al otro lado de la pared, divisó al cantor inclinándose para corresponder a los aplausos. Fascinada, María lo contemplaba.

—¡Virgen Santísima, qué hermoso es!

CAPITULO IV

Sí, era verdaderamente hermoso, con su cintura estrecha como la de una mujer. Su cabello negro y ondulado, los grandes ojos, y su aire alegre y despreocupado ejercieron sobre ella la misma fascinación que sobre Lola. Los aplausos continuaban y Juan hizo señal de que cantaría otra canción.

María apenas podía respirar. Las campanas del convento anunciaban que era hora de recogerse. Sabía que a menos de retirarse inmediatamente, se cerrarían las puertas, dejándola afuera; pero una fuerza invencible la retuvo en su nido entre el follaje. Juan comenzó a cantar. La música apresuraba más y más el ritmo. De pronto Juan hizo una señal con la cabeza a una joven recostada contra un pilar en medio de los músicos. Era Lola.

La música cambió entonces. Lola avanzó al centro de la plataforma repiqueando las castañuelas y dio la vuelta alrededor del cantante, ondulando el cuerpo voluptuoso. Juan tiró su guitarra a uno de los músicos y, cogiendo a Lola por el talle, principió a bailar. María no podía separar la vista de la graciosa pareja.

Dióse cuenta vagamente, sin embargo, de que la campana del convento había

cesado de tocar. Echó una mirada ansiosa a la puerta principal, la única entrada libre a tales horas, y vio que dos monjas, las vigilantes, entraban. Ello quería decir que todas las demás estaban ya recogidas. Poseída de terror, y con el ansia de llegar antes de que cerraran las puertas, casi se dejó caer del árbol. No se había levantado aún del suelo cuando oyó que el portón se cerraba de golpe.

Comenzó a meditar las consecuencias de su acción. Había quebrantado una de las reglas más severas del convento.

No podía imaginarse cuál sería el castigo, pero estaba cierta de que iba a ser muy severo. Avisarían a su hermano... probablemente al Padre Junípero, su director espiritual.

Se echó a llorar desconsoladamente. El patio, que tan poblado parecía de día, estaba convertido en un desierto. Después de dar unos cuantos pasos vacilantes, se encaramó de nuevo a su árbol.

Observó que había disminuído la concurrencia en el café. Juan no andaba por allí; pero los músicos volvían a ocupar sus sitios y comenzaron a tocar.

Desde su observatorio vio que se aproximaba el viejo sereno con su linterna de hierro forjado que dibujaba arabescos

de luz sobre las piedras del pavimento de la calle.

—¡Ave María! ¡Es media noche y sereno!"

María Consuelo se sobrecogió. No tenía idea de que fuera tan tarde, y no recordaba haber estado nunca despierta a tales horas. Seguramente que pronto cerrarían el café. ¿Se habría ido ya el cantor?

Como para responder a su pregunta apareció Juan, preparándose a cantar su última canción de la noche. Hizo al director de la pequeña orquesta una señal con la cabeza.

—¿Qué va a ser?—preguntó éste.

—Lo que sea. No importa.—contestó Juan con indiferencia.

María reconoció la melodía que los músicos empezaron a tocar. La había oído cantar a los peones en la cosecha de uvas en la hacienda y, despertándose sus recuerdos, la emocionó más que cualquier otra balada.

Terminada la canción, Juan hizo una señal a Lola. Al retirarse, debían pasar muy cerca del árbol donde se cobijaba María.

—¿Viste cómo les gustó mi canto? —oyó que decía Juan.

—¿Tu canto?—replicó ella maliciosamente.— ¡Ahí nadie se fijaba más que en los pies de Lola!

María retuvo la respiración mientras él se echaba a reír, diciendo:

—Lo cual significa que la carita no les convenía...

—¡Guasón!

Le dió un cachete, y los dos se echaron a reír a carcajadas. María no pudo menos de comprender que se entendían a las mil maravillas. Un poco después habían desaparecido.

María percatábase nuevamente del apurado trance en que se había metido. Cubriéndose la cara con las manos, comenzó a orar.

—No puedo volver al convento—balbució—. La Madre Superiora no me perdonaría nunca... Y yo volvería pronto a las andadas... ¡Quiero ver el mundo... quiero alegría... amor!

Pasaron algunos minutos mientras ella seguía acurrucada en la rama del viejo

árbol. Los últimos parroquianos del café se habían retirado. Los mozos apartaban las mesas y las sillas antes de irse. El dueño apagó las últimas luces que alumbraban el mostrador. Pronto el lugar quedaría desierto.

Sin que María lo notase, la rama se había encorvado más y más conforme avanzaba el cuerpo para ver mejor. Había decidido descolgarse del árbol, por alto que estuviese, tan pronto como no hubiera nadie en los alrededores. Con sorpresa descubrió que su fuga le resultaba facilísima. Era cosa del diablo, seguramente, que la tentaba. Asustada, sin embargo, por la enormidad de lo que iba a hacer, apeló a la Virgen de los Dolores.

—¡Virgen Santísima! ¡Madre mía!—murmuró patéticamente—. Librame del deseo de escapar!

Pero el diablo... o la naturaleza, o tal vez la rama podrida del viejo árbol, decidieron el asunto. La rama crujó de pronto y comenzó a desgajarse, inclinándose hacia el suelo. María perdió el equilibrio, y saltó antes de caer. Libre de su peso, la rama se elevó de nuevo un poco, quedando fuera de su alcance.

—¡Oh!—exclamó ella—. ¿Qué he hecho, Dios mío, qué he hecho?

No había nadie que le contestara, ni siquiera la estatua de Nuestra Señora de los Dolores. Quedó allí unos minutos, tratando de decidir lo que iba a hacer. Oyó pasos en la calle; tal vez sería el sereno que hacía su ronda. Comprendió que debía decidirse inmediatamente.

Recordó por dónde Juan y Lola habían desaparecido. Quizás podría alcanzarlos. Cualquier cosa era preferible a que alguien la encontrase allí. Un instante después volaban sus piecitos sobre las piedras de la calle.

Los pasos que María Consuelo había oído eran de dos guardias que se acercaban. En la quietud de la estrecha callejuela oyeron el ruido de la carrera de la joven. Apresuraron el paso y alcanzaron a verla al doblar la esquina. La luz del farol iluminó por un instante a la fugitiva, y observaron con sorpresa que vestía el hábito del convento. Miráronse estupefactos el uno al otro.

—¿Viste?—preguntó uno de ellos.
—Sí. Debe haber saltado el muro del convento.
—¡Vamos a alcanzarla!

—No cuentes conmigo para eso. Lo que es yo no he de meter en la jaula a esas palomitas que se escapan en busca de libertad.

CAPITULO V

La magia de la noche tropical había enardecido la sangre en las venas de Lola mientras avanzaba por las desiertas calles colgada del brazo de Juan. Al acercarse a su casa, cogió entre sus manos la cabeza del joven y la inclinó hasta alcanzar sus labios que besó ardientemente.

Un viejo vendedor de fruta, cabeciendo en su puesto, los miró pestañeando y les sonrió, recordando su juventud.

Lola vivía a la vuelta de la esquina. Juan la levantó en vilo, para depositarla luego en el zaguán de la casa.

—Entra y acuéstate — canturreó alegremente.

Lola hizo un mohín de protesta.

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

—A casita también—replicó Juan.

Lola se frotó contra él, zalamera como una gatita.

—Juan—rogó—. Tengo pan y queso. ¿Vamos a comerlos a la orillita del río y a mirar la luna? Está muy hermosa la noche para irse a la cama.

El movió negativamente la cabeza, con firme determinación.

—¡No, no; esta noche, no, Lola! He prometido a Tío Esteban que regresaría temprano.

—También se lo prometiste anoche y... ¿qué pasó?—dijo ella en son de broma.

—Déjame... Hoy, no.

Lola no desistió, sin embargo.

—¿No prefieres mis besos a la compañía de ese viejo loco?

—El Tío Esteban no es ningún viejo loco — la reprendió Juan, severamente—. Sabe más música que nadie en España. Un día de estos me va a llevar con mi hermosa voz a Madrid.

—¡Tu hermosa voz en Madrid! ¡Ja, ja, ja!—rió Lola burlonamente, sabiendo que Juan se picaba fácilmente cuando se trataba de su voz.

—Has de saber que mi voz es excepcional. El Tío Esteban me lo ha dicho, y él sabe lo que se pesca.

—¡Pamplinas!—replicó ella, remedando grotescamente a los cantantes de ópera...

Juan la miró de arriba abajo con exagerada gravedad, aunque la risa le retzaba en los labios.

—Lolita—dijo—, mucho me temo que seas incapaz de comprender las cosas importantes de la vida.

—¡Déjate de prosopopeyas! Fuera del jaleo no hay nada importante en la vida... Díselo así a tu viejo loco y...

Juan le cortó la palabra enérgicamente.

—¡Cierra esa boca, Lola! Y ni una palabra más acerca de Tío Esteban, ¿me entiendes?

Lola comprendió que lo decía en serio, pero lo miró de reojo.

—¿Me dijiste que cierre la boca?—preguntó.

—Sí; y no me hagas mala sangre.

Ella alzó la cabeza con aire de desafío.

—Y ¿qué vas a hacer para cerrármela?

—Esto—exclamó Juan; y cogiéndola en sus brazos la besó en plena boca.

—¡Ah!—suspiró Lola—. ¡Nunca sabe una de qué lado tomarte!

El la soltó, riéndose, y se alejó un poco del portal.

—¡Buenas noches!—gritó haciéndole adiós con la mano.

Pero Lola no estaba dispuesta a dejarlo marchar.

—¡Juan!—llamó persuasivamente.

—Vete a dormir—replicó él sin volver la cabeza.

Los ojos de Lola centellearon de ira al verse despedida de esta manera, pero con voz melosa le gritó de nuevo:

—Mi boca no se ha cerrado todavía, Juan...

—No te oigo ya—replicó él.

—¡Juan!—exclamó ella, esta vez con tono de mando.

Juan se detuvo.

—¿Qué te pasa, mujer?

Lola se deslizó hacia donde él estaba.

—¿Sabes lo que pasa, Juan? Que no tienes corazón...

—¡Ajá! ¿Y es por eso que las mujeres andan siempre tras de mí?

Lola se estrechó contra él.

—¡Te quiero tanto, Juanillo! Pero tú

nunca me dices que me quieres...

Juan se irguió de pronto, como acometido de una inspiración.

—¿Quieres que te diga cómo me harás quererte?

Lola se ablandó como la cera entre las manos, dispuesta a amoldarse a todos sus caprichos.

—¡Oh, sí! ¡Dímelo, Juan!—balbució apasionadamente.

—Bueno: entonces vete adentro, y cuando te dé las buenas noches... no vuelvas a salir.

Lola quedó estupefacta por dos o tres segundos. Luego, la cólera se apoderó de ella.

—¡Ah, ingrato! ¡No quiero verte más! Entró en la casa y cerró furiosamente la puerta.

—¡Ja, ja, ja!

—¡Ingrato, más que ingrato!—gritó ella desde adentro.

Juan cesó de reír, pero diablillos traviesos y regocijados bailaban en sus ojos.

—¡Lola!—llamó suavemente.

No obtuvo respuesta.

—¡Lola!—llamó de nuevo con acento seductor.

Lola no contestaba; y Juan frunció el ceño temiendo que la muchacha no mordiese el anzuelo.

—¡Lo-o-o-la! ¡Lolita! ¡Lola! ¡Abreme la puerta, que aquí te espero con los brazos de par en par!

—¡Ay, Juanillo del alma!—susurró ella abriendo la ventana.

Por toda respuesta Juan soltó una carcajada triunfante.

—¡Ah, tontuela, ya sabía yo que no podrías resistir!

Y se fué calle abajo, acompañando con su canto el torrente de epítetos que Lola le prodigaba desde su ventana.

Cuando Juan dobló la esquina, Lola se retiró de la ventana suspirando amargamente:

—¡Ay, Jesús de mi vida, cuánto lo quiero!

CAPITULO VI

No había adelantado mucho Juan en su camino, cuando lo detuvieron dos guardias. Uno de ellos levantó su linterna a la altura del rostro del joven.

—Es Juan de Dios, que canta en el Café de la Mariposa—dijo a su compañero.

—¡Qué milagro! ¡Juan de Dios sin llevar una muchacha del brazo!—dijo riéndose el otro, el que se había opuesto a perseguir a María.

—Lo que pasa, Montero—replicó Juan, burlándose—, es que la hora es realmente avanzada para mí.

—Así parece—dijo Montero sonriendo—. Y a propósito, Juan, una de las palomitas del convento se ha escapado esta noche escalando la pared. La vimos demasiado tarde para poder detenerla.

—Y, a mí, ¿qué? No querrá usted sugerir que yo he tenido nada que ver con eso, supongo.

—¡Oh, no, Juan!—replicó el guardia—. Solamente quería preguntarte si por casualidad habías visto a alguien rondando esta noche los muros del convento.

—¿Acaso estoy yo encargado de vigilar la paredes del convento?—repuso Juan con irritación mal contenida—. ¡Bastante lata me han dado con ese convento últimamente!

Montero y su compañero lo miraron con perplejidad mientras se alejaba.

—Yo no hacía sino darle la noticia—comentó Montero.

—¡Y mira lo que se ha encolerizado!—observó el otro.

Juan siguió su camino, y había ya recobrado su habitual buen humor cuando llegó a la casa. Sabía que el Tío Esteban, su maestro y su ángel guardián, estaría levantado esperándolo. No había puesto el pie en los escalones de la entrada cuando sorprendieron agradablemente su olfato los apetitosos olores que venían del interior. Relamiéndose con anticipación, dió un empujón a la puerta y entró.

—¡Hola, Tío Esteban!—saludó alegremente—. ¡Pollito tenemos!

El Tío Esteban no levantó los ojos de su cacerola. Era un hombre bonísimo, pero le gustaba adoptar aires de mal genio.

—Tarde otra vez—refunfuñó.

—Y gracias que estoy aquí.

Acercándose al viejo, que empezaba a poner los pedazos del pollo en una fuente, Juan deslizó la mano por debajo del codo de Esteban y se apoderó del mayor.

—¡Glotonazo! ¿Cuándo olvidarás esos modales del arroyo?

—¡Toma! Si estoy orgulloso de ellos—saltó Juan riéndose, mientras despachaba el último bocado—. No hay quien me gane a comer en Sevilla cuando tengo hambre. ¡Mire, ya no queda sino el hueso!

El Tío Esteban gruñó y le dijo sin mirarle:

—De limpiabotas debías estar, conforme te encontré. Eso te cae mejor que ser cantante.

—¡Cá!—protestó Juan irónicamente—. Usted me ha hecho un hombre respetable... y respetable me quedo, por mucho que me cueste.

—¿Respetable? ¡Deja que me ría!

—Yo también me río, ¡ja, ja, ja! Pero había usted de oír las palmas que me tributaron esta noche... ¡Estuve colosal!

El Tío Esteban volvió a gruñir mientras arreglaba la mesa para la cena.

—¡Colosal!... ¡Cantando esas pampinas!

Juan se irguió festivamente y movió la cabeza fingiendo indignación.

—Conque pampinas, ¿eh? Esas pampinas nos dan dinero para el banco, y aquí no nos falta nada. Tenemos un piano y un canario. ¿Qué más quiere usted? ¡Mire que comprarme un piano... yo!

Se golpeó el pecho orgullosamente.

Esteban no tuvo nada que contestar a esto, así es que se conformó con decir:

—Bueno, vamos a comer.

Juan se levantó de prisa y acercó un asiento a la mesa.

—¡Hambriento llegas!—exclamó el tío Esteban al ver cómo hacía desaparecer Juan la comida.

—Soy capaz de comerme hasta el plato cuando usted cocina, Tío Esteban—declaró.

Estos elogios suavizaron al viejo. Comieron un momento en silencio. Por último, incapaz de contenerse por más tiempo, reprochó Esteban:

—¡Buena alhaja estás tu hecho, enredándote así con esa Lola! ¡Te digo que eres un necio!

—¿De veras? A otras personas les

parece que no lo he hecho del todo mal...

Otro bocado desapareció en su boca como por arte de magia.

—Y hay que ver lo solicitado que soy en todas partes... muy solicitado...

Esteban lo miró con enojo.

—¿Es posible que todavía no sepas manejar el cuchillo ni el tenedor?—refunfuñó—. ¡Oh, nunca aprenderás!

Juan cogió delicadamente el cubierto.

—¡Si tú quisieras! ¡Oh! ¡Si pudiera yo lograr que estudiases, no tardarías en tener el mundo a tus pies!

—No me cabe la menor duda—replicó Juan—; pero una vez que está a los pies de uno, el mundo no le deja vivir. ¡Y yo quiero ser feliz!

—¡Vamos, basta de necedades!...

—No son necedades, y usted lo sabe mejor que nadie.

—¿Qué quieres decir?

—En otro tiempo tuvo usted el mundo a sus pies, Tío Esteban...

—Sí que lo tuve—murmuró Esteban, evocando melancólicamente sus triunfos—. He sido el tenor más celebrado de España. Cuando cantaba en la Ópera, hasta las moscas se apretujaban en la pared para oírme.

Lo dijo en tono de broma, en que se percibía, sin embargo, cierto matiz de orgullo.

—Bueno, ¿y en qué ha quedado todo eso?

—¡Ah! ¡Tuve mi hora de gloria!

—Una horilla... ¿y después?

El viejo retiró a un lado su vaso de vino y se acercó a Juan.

—Sí, tienes razón; no duró, y tú sabes por qué. Era joven como tú, y como tú no hice caso cuando me decían que mi voz era un tesoro que debía apreciar y conservar. Tenía docenas de Lolas y bebía cien veces más de lo que mi cuerpo podía soportar...

Oprimió el brazo de Juan, y en sus gastados ojos se encendió el cariño que sentía por su protegido.

—¡Juan de Dios—suplicó—; escucha los consejos de un anciano! ¡No cometas el mismo error que yo cometí; no echés tu vida a los cuatro vientos... no!...

Llenáronse sus ojos de lágrimas y ocultó la cabeza entre las manos.

Juan de Dios, arrepentido, suplicó:

—¡No más lágrimas, Tío Esteban! Desde hoy voy a estudiar más que Gayarre... ¡se lo prometo a usted!

Levantóse y pasó cariñosamente el brazo alrededor de los hombros de su maestro.

—¡Va usted a estar orgulloso de mí! No pido más que un ratito por semana, dos a lo sumo, para mirar a la luna con Lola...

—¡Esa Lola!

—Y fuera de eso seré un santo, ¡palabra! A poner el diafragma como a usted le gusta, a respirar a la voz de mando... Ande usted, tío, un traguillo de vino. ¡Salud...

—...y pesetas!—cuchucó Esteban.

—Ahora, vamos a cantar eso del brindis, Tío Esteban. ¿Vamos?

El vino y el ruego de Juan produjeron su efecto. Esteban se preparó. Juan dió la nota, y, usando el dedo a fuer de batuta, comenzó a llevar el compás.

Esteban echó atrás la cabeza y principió a cantar como en sus tiempos de gloria el brindis de "Traviata". Sus esfuerzos habrían hecho sonreír a un ex-

traño, mas para Juan tuvieron ecos de tragedia. La voz del cantante se quebró en una nota alta. Juan acudió en su ayuda. Gradualmente el viejo dejó de cantar y quedó escuchando a su discípulo que terminó solo con un brillante do de pecho.

Esteban prorrumpió lleno de entusiasmo:

—¡Perfecto! ¡Más que eso! ¡Por los clavos de Cristo! ¿Cómo puedes desperdiciar tu voz en ese café? ¡Tenemos que irnos a Madrid! De seguro que hay personas que no me han olvidado del todo. Ellos te ayudarán. Tienes la voz. Lo demás depende solamente de ti.

—No se preocupe de mí, Tío Esteban. ¿No le he prometido hacer todo lo que usted quiera?

El viejo imploró, entrecruzando las manos:

—¡Vámonos entonces, Juan de Dios! ¡Reunamos todos nuestros ahorros, y a Madrid!

—Pero, ¿cuándo?

—¡Pronto... muy pronto! ¡Mañana mismo!

CAPITULO VII

Juan se levantó muy temprano al día siguiente. No es que fuera madrugador de ordinario; pero aquella mañana tenía algo urgente que hacer, si habían de irse a Madrid, según lo convenido con Esteban.

Su salida matinal obedecía a lo que Juan juzgaba una inspiración. Sabiendo que necesitarían muchas pesetas para el viaje a Madrid y para sostenerse allí hasta que pudiera ganarse la vida con su canto, Juan tuvo la feliz idea de gas-

tarse el sobrante del premio de lotería que había ganado la semana anterior en comprarse otro billete de lotería que tal vez ganaría también un premio; y pensó que si lo compraba a la misma mujer que le vendió el primero, ello le traería suerte. Estaba seguro de encontrar a la vendedora rondando los puestos del mercado, y allá se dirigió.

La hora era tan temprana que los vendedores de frutas y legumbres no habían terminado aún de arrojar su mercancía. Una banda de músicos mendigos daba vueltas por la plaza, esperando la llegada de los compradores. Los tenderos, a la puerta de sus tiendas recién abiertas, miraban complacidos la escena en espera de futuros parroquianos.

Hacía mucho tiempo que Juan no venía al mercado a esta hora. Recordó la época en que atendía al puesto y hacía de recadero de cierto comerciante de aceite de oliva, llamado Anatolio. ¡Con qué gusto se encontraría hoy con Anatolio y le tiraría de los pelos como el bandido lo hacía con él! Así es la vida...

Sin darse cuenta había fruncido feo el ceño. Una risa bonachona le hizo levantar la cabeza y mirar apresuradamente en torno. Era el cura de la parroquia de San Vicente, donde se hallaba el asilo de huérfanos que había sido el primer hogar de Juan.

—Tienes cara de querer asesinar a alguien—declaró el sacerdote—. Debes ir a confesarte, hijo mío.

Juan sonrió.

—¿Cómo está usted, Padre?—dijo descubriéndose y cediéndole el paso.

—Perfectamente, Juanillo. Y tú, vendiendo salud, ¿eh? ¿Y cómo está mi buen amigo Don Esteban?

—Muy bien, gracias. Yo procuro que tenga siempre de lo mejor. Estoy comprando la comida—mintió Juan descaradamente.

—¡Dios te bendiga, muchacho!—murmuró el sacerdote—. Eres un buen cristiano.

—Muchas gracias, Padre—contestó Juan, inclinándose mientras el buen cura seguía su camino.

A poco, un chicuelo llamó a Juan por

su nombre y pronto lo rodearon una media docena de muchachos.

—Queremos naranjas, Juan—le dijo el más decidido.

—¿Naranjas?

—Sí; ayúdanos a coger unas naranjas—rogó otro.

Juan se detuvo y los miró de uno en uno con fingida severidad. Robar naranjas era uno de sus "juegos" favoritos.

Por más que los miraba y arrugaba el ceño, los muchachos no se desalentaron, sabiendo que no lo hacía de verdad. Por último les guiñó el ojo, haciéndoles seña de que lo siguieran.

Dos de ellos se escondieron debajo de su capa mientras él se acercaba al puesto de naranjas. Los más tímidos iban a la cola.

El vendedor echó una mirada sospechosa a Juan, mientras éste examinaba la fruta...

—Algo me dice que no has venido a cosa buena—murmuró el hombre con tono hostil.

—¿Te infunde sospechas el verme por aquí?—preguntó Juan con sorna.

—La verdad que sí. Tú eres el muchacho de Anatolio que siempre me anda robando las naranjas.

—Pero ahora te las voy a comprar... ¿A cómo son éstas?

—A tres reales la docena.

—Dame una docena de las más grandes.

Juan se acercó al puesto, y una manecita se deslizó bajo su capa con el propósito de coger una naranja. El vendedor la sorprendió en el acto, y se agachó furioso para arrebatarse la fruta al chico. El muchacho retrocedió, mejor dicho, Juan lo empujó hacia atrás. Para alcanzarlo, el hombre de las naranjas se estiró sobre el frágil mostrador que se vino abajo, desparramándose la fruta en todas direcciones.

Aparecieron por encanto una docena de muchachos que se juntaron a los que iban con Juan, haciéndose la competencia en coger naranjas.

El vendedor se levantó, mientras Juan, echándose la capa al hombro con gesto arrogante, se preparaba a marcharse.

—¡Pillo, ladrón, gitano!—exclamó—. ¡Voy a llamar a la policía!

—¿Eso va conmigo?—preguntó Juan con altanería.

Los demás vendedores se reían a carcajada tendida, satisfechos del percance sucedido a su vecino, y Juan aprovechó la algarazara general para desaparecer.

Este incidente había aguzado su espíritu de aventura, y mientras buscaba a la vendedora de billetes de la lotería, detúvose frente a un puesto de mantones de Manila.

Un hombre de rostro atezado, en quien el corte de sus facciones delataba el origen moruno, dió la vuelta a la mesa tras de la cual se hallaba y se le acercó.

—¿Quiere usted algo elegante para su novia, amigo?—insinuó melosamente.

Juan observó al vendedor y le resultó antipático.

—¡Mire usted esos chales tan hermosos acabaditos de llegar!

Y comenzó a extenderlos delante de Juan.

Una mujer, la compañera del moro, se adelantó a su vez para ayudar a su marido a convencer al comprador.

—Es como para que se lo eche encima una hembra de chipén—aseguró, entornando los ojos.

—Sí que es de rumbo—concedió Juan, mirando más a la mujer que al mantón.

—Si te gusta, cómpralo, que no va a durar aquí ni una hora.

—Como gustarme, me gusta; pero eso de comprarlo... Me marcho para escapar a la tentación.

Y sin más, volviendo rápidamente la espalda, se alejó.

—¡Agarrado!—gritó la mujer, siguiéndole con los ojos. De pronto, los abrió tamañazos, observando que bajo la capa de Juan asomaban los flecos de uno de sus mantones.

—¡Ladrón! ¡Ladronazo!—gritaron ella y su marido corriendo en pos de Juan.

Este miró su capa y vió que se había vendido. No había otra cosa sino aque-

llo de "pies, ¿para qué os quiero?" Y, sin pensarlo más, echó a correr. Escurrióse detrás de un burro, dió la vuelta a la carretilla de un mercader ambulante y se metió en una callejuela.

El moro y su mujer seguían gritando: —¡Al ladrón, al ladrón! ¡Detenedlo!

Una pareja de guardias vino hacia ellos, transcurriendo un minuto antes de que lograran hacerse cargo de lo que les ocurría a los excitados vendedores. Salieron entonces en persecución de Juan.

Mirando de soslayo vió Juan a los guardias que le iban a la zaga, y se sonrió regocijadamente mientras corría sin parar. ¡Cuántas veces había burlado en otros tiempos a la policía!

La callejuela se bifurcaba en cierto punto. Fingiendo tomar a la derecha, retrocedió un poco y desapareció por la izquierda. Por el momento estaba fuera de la vista de los guardias. Conocía bien el terreno en que se hallaba. La tapia de un jardín cercano era su objetivo. Era bastante alta; pero, empuñándose para mirar por encima y juzgando desierto el jardín, la escaló fácilmente y se dejó caer al otro lado. Ciñéndose la capa, comenzó a andar airoso, dirigiéndose a un pasaje que daba a la calle en el lado opuesto de la casa.

Una ligera brisa estremecía las ropas puestas al sol en las cuerdas tendidas en el jardín. Juan avanzó por entre las prendas que pendían de las cuerdas, con la idea de que lo ocultarían de los ojos que pudieran mirar incidentalmente desde las ventanas de la casa. No habría dado más de cuatro o cinco pasos, cuando se detuvo bruscamente y pestañeó para estar seguro de que su vista no le engañaba.

—¿Qué significa esto?—se preguntó a sí mismo.

A pocos metros de distancia aparecía una muchacha, vistiéndole apresuradamente un traje que acababa de descolgar de la cuerda.

Era María Consuelo.

CAPITULO VIII

María se echó a llorar al reconocer a Juan. Era algo increíble y milagroso el encontrarlo en aquel desierto lugar; y se santiguó, atemorizada.

—¡Chist!—recomendó él, temeroso de que pudiese descubrirlos la policía.

Al oír su voz, María se sonrió deleitada. Sus ensueños cobraban vida. En su dicha, hasta olvidó el ruborizarse de que la hubiese visto a medio vestir.

Había tal expresión de felicidad en sus ojos, que Juan se quedó asombrado. ¿Quién era esta criatura? Jamás había contemplado una doncella tan hermosa.

—No grite usted—suplicó, aguzando el oído para descubrir si lo seguían.

María sacudió la cabeza. ¿Por qué había de gritar, ahora que lo había encontrado?

—Dígame—preguntó—; ¿por qué se santiguó usted? ¿Me creyó, acaso, el diablo?

—Pensaba yo en usted, y de repente se me aparece en persona, como enviado por Dios—contestó María inocentemente.

El misterio se complicaba. Juan arrugó la frente, tratando de descifrarlo.

—¿Que estaba usted pensando en mí?

—Sí—suspiró María, llenos de adoración sus ojos. Era todavía más hermoso de lo que se había imaginado.

—Y de repente me presenté, ¿eh?

—Sí, como un milagro—murmuró ella suavemente, sin separar los ojos de él.

—Como enviado por Dios—repitió Juan, pensativo—. ¡Vaya, vaya! Aquí hay seguramente algo más de lo que se ve. Dice usted que estaba pensando en mí... y de repente aparezco. Pero, ¿la conozco yo a usted? Ni tan siquiera en mis sueños. ¿Cómo es que estaba usted pensando en mí...? ¡Ah!—se interrumpió de súbito, creyendo haber descifrado el enigma—. ¡Qué torpe soy! Usted me ha visto en el café, ¿no es cierto?

María asintió con la cabeza.

Juan sonrió.

—¡Qué raro es que yo no me haya fijado en usted! ¿Bailó conmigo?

—¡Oh, no! Pero me gustaría.

—Bueno; eso no es muy difícil—replicó Juan riendo. Un ruido que partía de la casa hizo recordar a Juan que no era prudente detenerse allí mucho tiempo.

—¿Usted vive aquí?... ¿Es ésta su casa?—preguntó súbitamente.

—No—declaró María moviendo en sentido negativo la cabeza. ¿Qué gracioso que él creyera que ésta era su casa! De pronto, su sonrisa se desvaneció. ¿Qué le diría si le preguntaba dónde vivía?

—¿Dónde vive usted? — preguntó él, efectivamente, antes de que ella hubiese acabado de debatir el asunto.

María se azoró. Equivocando el significado de su emoción, él se apresuró a decir:

—Comprendo. No tengo el derecho de preguntárselo, dispénsame. Pero tal vez querrá decirme adónde iba...

María se sintió entonces en terreno más firme. No tenía el menor deseo de ir a ninguna parte sino donde él estuviera. Los ojos de Juan se dilataron de sorpresa al oírle decir sencillamente:

—Adonde usted quiera.

—¡Criatura!—exclamó estupefacto—, ¿La he oído bien? ¿Adónde *yo* quiera?

—Sí—balbució María tímidamente, incapaz de comprender su agitación.

Juan se resistía a creer a sus oídos. ¡Esta chiquilla, de mirada angelical, quería irse con él!... Se rascó la cabeza, lleno de perplejidad.

—Vamos a ver—dijo, al fin—: ¿hay algún sitio especial donde quiera usted ir... alguna cosa que le llame especialmente la atención?

María vaciló antes de contestar.

—Quisiera oírle a usted cantar— encontró el valor de decir — alguna de esas canciones tan bonitas que usted sabe.

—Nada más fácil—replicó él ligeramente—. No hace falta rogarme para que yo cante, niña.

—Y también quisiera ver mucha gente... oírle reír.

—¿De veras?—preguntó Juan, aviéndose más y más su interés por la muchacha—. Tengo precisamente lo que necesitamos. Sé que hay ahora una feria. ¿Quiere usted venir?

—¡Oh, una feria!—exclamó María extasiada—. ¡Siempre he querido ver una feria!

Juan la miró con mayor sorpresa.

—¿No ha visto usted nunca una feria?

María sacudió negativamente la cabeza. Indudablemente, para él las ferias eran como el pan de cada día, a juzgar por la naturalidad con que hablaba de ellas.

—Vamos—instó Juan, recobrando to-

do su entusiasmo—. Ahí en la esquina del jardín hay una salida que da a la calle. ¡Adelante, y a la feria!

Pronto se encontraron delante de la verja. Juan se preparaba a descorrer el cerrojo, cuando llegó a sus oídos un rumor inesperado. El y María se pegaron contra el ángulo de la pared.

Pasado un momento aparecieron los dos guardias que siguieran a Juan, y, con ellos, el vendedor de naranjas, el moro y su mujer. Una veintena de personas los seguían, riéndose a carcajadas de los gritos y juramentos de los presos.

—¡Mis naranjas aplastadas... mi negocio arruinado, y todavía me arrestáis por alterar el orden público, dejando que el ladrón se escape frotándose las manos!—chillaba el vendedor.

—¡Es un abuso!—vociferaba la mujer del moro, que estaba desesperado.

Cuando la policía llegó frente a la verja, María se apretó contra Juan, echándole los brazos al cuello.

—¡Virgen de la Soledad! ¡Juan, no deje usted que me lleven!—murmuró patéticamente.

—¡Chist! — ordenó él—. No es a usted a quien persiguen. Tranquilícese.

Los brazos de María rodeaban todavía su cuello, pero nada había de atrevido en su gesto. Juan comprendió que era sólo el impulso de una chiquilla atemorizada. Preguntóse qué podía haber hecho para temer a la policía.

Un ahogado silbido de sorpresa se le escapó un momento después. Recordaba su conversación con los dos guardias la noche anterior. Y la situación comenzaba a aclararse...

—¿Se marcharon ya?—balbució María medrosamente, dejando caer los brazos.

—Sí—murmuró él, pensando cómo podría confirmar sus sospechas sin que ella se percatase—. Ya podemos irnos.

—Espéreme un momento, por favor—dijo ella—. Se me ha olvidado una cosa.

Y, ligeramente, volvió al lugar donde Juan la descubrió un poco antes, descolgando el vestido de la cuerda. Vió él que recogía del suelo un pequeño lío de ropas, pero no era solamente esa la

razón de su retroceso. Quitándose del cuello una medalla de oro que pendía de una cadenita del mismo metal, la oprimió contra sus labios y la besó tiernamente, atándola después a la cuerda en lugar del traje que había tomado.

Este sencillo acto convenció a Juan de que María Consuelo era la postulante que se había escapado del convento.

—¿Por qué ha hecho usted eso?—preguntó Juan cuando ella regresó a su lado y se disponían a salir del jardín.

—En pago de este vestido que tomé—balbució María, trémula.

—Una medalla de oro por ese trojecillo? ¡Qué disparate!

Hizo ademán de querer apoderarse de la medalla.

—¡Déjela, por favor! Es todo lo que tengo... No puedo robar este vestido—le suplicó ella.

Su honradez conmovió a Juan.

—Me gustaría ver esa medalla—dijo.

—¡Oh, no, por favor! ¡No la mire usted!

Sabía ella que por la medalla podían descubrir que venía del convento.

—Bueno; no importa—dijo Juan encogiéndose de hombros. Estaba ya seguro de la exactitud de sus sospechas—. Y a propósito, ¿cómo se llama usted?

—María—dijo ella sonriendo.

—¿María?—repitió él como un eco.

—Sí, María Consuelo. ¿Le gusta este nombre?

Juan se asombró hasta el punto que hubo de recostarse en la pared en busca de apoyo. Se puso intensamente pálido.

—¿Qué le pasa a usted? — preguntó María—. ¿Se siente usted mal?

—No, no es nada—repuso él débilmente.

¡El suelto del periódico, su conversación con Lola acerca de ella, y encontrársela ahora así! Supersticioso como era, no pudo menos de ver en esta serie de acontecimientos la mano fatal del Destino. Receloso, tuvo por un segundo el ímpetu de saltar la reja y huir tan ligero como sus pies pudiesen llevarlo.

La fe ciega de María, que confiaba en él como una criatura, su belleza, y el espíritu de aventura que caracterizaba a Juan, triunfaron, sin embargo. Inclínándose con gracia cortesana le ofreció el brazo.

—Tal vez no le agrada a usted llevarme... — musitó ella, comprendiendo que algo le conturbaba.

—¿Qué haría usted sin mí, criatura?—contestó él, severamente—. ¡Basta de charla, y andando!

CAPITULO IX

Pronto se alejaron del barrio del mercado. Los pocos transeúntes que encontraban a esta hora matinal estaban demasiado ocupados con sus propios asuntos para prestarles más atención que una ojeada pasajera.

María se sintió de repente acometida de un hambre formidable, debida indudablemente a la circunstancia de haber pasado la noche al raso. El chocolate y los bollos que saborearon en un puestecillo de los alrededores les parecieron

deliciosos. Ella estaba llena de curiosidad acerca de cómo iban a emplear el día; y Juan le presentaba un cuadro fascinador de las maravillas que contemplaría en la feria. Ella sonreía y Juan estaba encantado de que ella le escuchase con tanta atención y entusiasmo.

Por último, sacó de entre los pliegues de su capa el mantón que se apropió en el puesto del mercado.

Una exclamación de embeleso brotó

de los labios de María cuando lo extendió él delante de sus ojos.

—¡Para usted!—dijo Juan con alegre risotada—. ¡Tiene usted que lucir ese cuerpecito en la feria!

—¡Es una preciosidad! —dijo la muchacha—. Pero... ¿no lo destinaba usted a otra... persona?

—No, María. Es para usted, y está muy bien empleado. ¡Si supiera lo que me ha costado conseguirlo!

* * *

María jamás se había sentido tan feliz. Divertíase en la feria como una chiquilla. Juan la contemplaba risueño al ver cómo brillaban sus ojos de alegría al pasar de una diversión a la otra. Quería ensayarlo todo: los columpios, los caballitos de madera. Para Juan había pasado el tiempo en que le interesaban las distracciones de la feria, pero el entusiasmo de María hacía revivir sus impresiones de la primera edad.

Un grupo de gitanos los rodeó. Por una perra chica bailaban al son de un acordeón; y Juan se puso a cantar la letra con gran deleite de María.

Alejábanse ya los jóvenes cuando una gitana, vieja y arrugada, cogió la mano de María.

—Déjame que lea en tu mano—dijo—. Oirás muchas cosas interesantes.

Alarmada, María retiró prontamente la mano, rogando a Juan que alejase a la mujer. Una palabra en la jeri-

gonza gitana y una moneda pasada a hurtadillas y que la vieja hizo desaparecer con la destreza de un prestidigitador, los libraron de su presencia.

—No le habría hecho ningún daño—dijo Juan sonriendo a María.

—Tal vez no—replicó ella inocentemente—; pero hay tantas cosas buenas en el mundo, que no quiero saber las malas. Y luego, que es contrario al reglamento...

Interrumpióse súbitamente, comprendiendo que por poco iba a descubrirse.

—¿Qué reglamento?—preguntó él.

—Las reglas de... de la iglesia—balbució María.

Juan volvió el rostro para ocultar una sonrisa.

—Aparentemente, esta palomita no es tan sencilla como parece—pensó para sus adentros.

En un pequeño mostrador vendía una mujer fresas lustrosas y maduras. Juan compró un cestito, y las comieron con

los dedos, bañándolas en azúcar pulverizado.

María escogió una de las más grandes y más lozanas.

—¡Abra la boca, Juan!—le ordenó.

El hizo lo que le pedían, y la fresa desapareció entre sus labios. Eligió a su vez otra de las más hermosas para ella.

María abrió la boca.

—Cierre los ojos—murmuró él.

María obedeció.

Juan se inclinó hacia ella. Estaba adorable en su inocencia. La fragancia de sus entreabiertos labios lo atraía como un imán. Iba a besarla, cuando un chico, que acertó a pasar por su lado, sorprendió el movimiento. Resonó una carcajada burlona, y Juan se dejó caer de golpe en su asiento.

—¿Qué es eso, Juan?—preguntó María, abriendo los ojos sorprendida.

—Debe haber visto el azúcar que tiene usted en la nariz—explicó, echando al muchacho una mirada asesina—. Estos chicos son muy atrevidos, María.

Caía la tarde.

—Pronto comenzarán los fuegos artificiales—dijo Juan—. Vamos a comprar algo que comer y subamos a la colina. Allí merendaremos y veremos los fuegos.

—Y ¿cantará usted para mí, Juan?—murmuró ella suavemente.

El sonrió complacido.

—¿De veras le gusta mi canto?—preguntó.

—¡Oh, es lindísimo, Juan! Noche tras noche me ponía yo a esperar que usted cantara.

—¿Conque noche tras noche, eh? Y ¿dónde me oía usted cantar?

—En... en... el café, Juan.

—¡Claro!... en el café.

Pronto llegaron a la cumbre de la colina. A sus pies corría el río. A lo lejos brillaban las luces de Sevilla. No lejos de ellos, en la obscuridad, un hombre comenzó a tocar una guitarra. La música ascendía hasta ellos en ondas voluptuosas. Juan, echado en el suelo, contemplaba las cambiantes expresiones en el rostro de María.

—¿Está usted contenta? —preguntó sencillamente.

Ella rozó su mano con ternura agradecida.

—Nunca creí que pudiese uno ser tan feliz—murmuró—. Casi lloro de alegría.

A través del río dejóse oír el eco lejano de las campanas de la Giralda. Juan se sobresaltó de pronto recordando que se le había hecho tarde para ir al Café de la Mariposa. Hizo un movimiento para levantarse, pero su buen sentido le dijo que era demasiado tarde para llegar a tiempo.

María abrió los ojos al verle removerse nerviosamente en su cómoda posición sobre la hierba.

—¿Qué le sucede a usted, Juan?—preguntó muy cariñosamente.

—Nada —respondió él sonriendo—. Estaba pensando en el Café.

—¡Oh!—exclamó ella—. Perderá usted su empleo... ¡y por mi culpa!

—No importa—replicó Juan—. No pensaba regresar más.

Se sonrió imaginándose lo que diría Lola. De seguro que estaba furiosa en ese mismo instante, sin saber qué se había hecho de su compañero.

Esta conversación hizo que los pensamientos de María volvieran al convento. De seguro que la habrían echado de menos hacía muchas horas... y avisado a la policía... Pero, cosa curiosa, los actos insignificantes de la rutina diaria de la vida conventual se presentaban con más viveza en su imaginación. Las monjas irían en este momento a la bendición y las postulantes estarían ajustándose sus velos... tal vez cuchicheando algo acerca de ella. Y el solo... ¿quién cantaría el solo en la capilla?

Inconscientemente su mano rozó la de Juan. Al punto cambiaron sus ideas.

—Cante algo, Juan; eso de "Sal al día que muere fugaz"...

Y comenzó a entonar la estrofa.

Juan la miró sorprendido.

—Parece que usted la sabe mejor que yo—dijo riéndose—. Vamos a cantarla juntos.

De súbito, un cohete anunció que iban a comenzar los fuegos.

* * *

Exclamaciones de júbilo partían de los labios de María mientras los cohetes de colores desparramaban sus flores luminosas sobre la colina.

Era tarde cuando terminó la fiesta. María no hacía ademán de moverse; de buena gana se habría quedado allí para siempre. Juan se levantó el primero.

—Mejor será que la lleve a usted a casita—propuso, observándola para ver lo que ella diría.

María movió la cabeza.

—No tengo casa—murmuró.

Ahora le tocaba a él fingir sorpresa. Estuvo a la altura de la situación.

—¿Que no tiene usted casa? Y ¿qué es lo que piensa hacer?

María se quedó estupefacta. Era algo en que no se le había ocurrido pensar.

Ingenuamente se había figurado que dónde fuera Juan iría ella. Si la abandonaba ahora, ¿cuándo la volvería a ver?

—¡Juan, por favor, no me abandone usted!—rogó, llenándosele los ojos de lágrimas.

—Tal vez le gustaría venir a mi casa—dijo él resueltamente, repitiéndose que era un tonto de creerla tan inocente.

—¡Oh, sí! ¡Qué felicidad! — exclamó ella con alegría.

Juan se rascó la cabeza, furioso contra sí mismo.

—¡María, jamás en la vida he encontrado una mujer como usted!—. ¡Jamás! Es usted...—detúvose buscando la palabra—¡absolutamente incomprensible!

X

Juan se detuvo a la entrada de su casa, haciendo seña a María de que guardase silencio, y aguzando el oído, puso-se a escuchar. Percibió la sonora respiración del Tío Esteban, profunda-

mente dormido, y abrió sin ruido la puerta, haciendo pasar a la joven.

Una lámpara, colgada de una viga, alumbraba débilmente la estancia. Era una vivienda humilde, pero a María se

le figuró un rinconcito del cielo. Juan la miraba inquieto, considerando cómo se las iba a arreglar en tan difícil situación. Llevaba todavía bajo el brazo el lío de ropas que María se había opuesto a abandonar. Lo tiró al fondo del cuarto, mientras la joven seguía con ojos inquietos el vuelo del paquete, temiendo que se deshiciera mostrando el acusador hábito de postulante del convento. Con alivio notó María que el nudo se mantuvo firme.

Una servilleta extendida cubría algo sobre la mesa. Juan levantó una punta para ver lo que le había preparado el Tío Esteban. No estaba mal el menú.

Juan, señalando primero las viandas, luego a María y después a sí mismo, indicó que el festín los esperaba. Sirvióse un vaso de vino y lo apuró de un trago. En seguida pasó la botella a María, invitándola silenciosamente a beber.

El vino no era cosa nueva para ella. Se había criado muy cerca de la tierra para no estar familiarizada con el jugo de las viñas; pero un trago de vez en cuando en una fiesta, no hace al bebedor. Asintió, sin embargo, con la cabeza, y Juan llenó su vaso.

Imitándole perfectamente, se bebió de un trago el vino, lo saboreó, apretando los labios y separándolos ruidosamente y se balanceó sobre las puntas de los pies a modo enteramente masculino.

Juan se sonrió al verla, pero retiró a un lado la botella, diciendo:

—Mejor es que se siente usted y nos pongamos a comer.

Miráronse cariñosamente. María estaba algo encarnada por el vino. Sus mejillas ardían; y Juan lo echó de ver.

—Tiene usted dos diablillos asomándose a sus ojos—le dijo:

—¡Dios mío! ¿Qué está usted diciéndole?—dijo ella cubriéndose la cara con las manos.

Juan se recostó sobre la mesa y separó los dedos de la muchacha.

—Los dos diablillos más graciosos que he visto en mi vida—continuó.

—¡Pero no serán diablillos, Virgen Santa!

Por toda respuesta, Juan se inclinó un poco más y la besó en los labios.

María dejó escapar un suspiro de placer.

—¿Está usted seguro?—murmuró.

Para convencerla, Juan la besó otra vez. María soltó una risotada. Sus ojos centelleaban.

—¡Bésame otra vez—le rogó—; es muy dulce!

Juan frunció el ceño como se hace con un chiquillo travieso.

—Creo que ya es hora de que te acuestes.

—¡Oh, no, Juan! ¡Un ratito más! ¡Cántame primero una canción!

—¿Para que se despierte Tío Esteban? — le reprochó—. ¡Si no te portas bien, volverás al convento!

María se quedó estupefacta. Los efectos del vino desaparecieron por encanto. ¡Entonces, él lo sabía todo!

—¡Juan!—balbució—. ¿Cómo has sabido lo del convento?

El no había intentado decirle que conocía su secreto; pero una vez que se le escapó, no tenía ya por qué disimular.

—La policía me lo dijo.

—¿La policía?

—Sí. ¿Qué te creías tú? ¿Que la Madre Superiora se iba a quedar tan tranquila? Pero, vamos a ver, ¿por qué te escapaste?

—¡Ay, Juan! Para buscarte. Todas las noches te oía cantar... anoche me subí al árbol para verte... y cerraron las puertas. Yo... yo sabía que si te encontraba, todo saldría bien. Y luego, ¡tú me encontraste en ese jardín!

Juan ahogó una exclamación. Estaba profundamente conmovido por la fe y la inocencia de María.

—Mi hermano Enrique me había dicho que el mundo era muy perverso... pero no es así. Tú me lo has probado...

—Pero ¿esto es una novela!

Una llamada a la puerta les interrumpió.

—¡La policía!—dijo ella temblando.

—No te muevas... no hables—recomendó él, yendo a abrir.

Apenas habría avanzado uno o dos pasos cuando reconoció a Lola a través de la mirilla. Gracias al ángulo en que

quedaba la habitación, nada podía verse desde afuera.

Lola llevaba todavía el traje que usaba en el Café.

—¡Hola! ¡Conque estabas aquí?—exclamó furiosa.

Juan trató de llevar la cosa a broma.

—Por lo que veo—dijo riendo y procurando demostrar una tranquilidad que no sentía—, los asuntos no han marchado muy bien en el Café...

—Estoy rendida de bailar para suplir tus canciones.

Juan se echó a reír.

—¡Y traigo las piernas tan cansadas que no te puedo siquiera atizar un puntapié!

—Eso merece otra carcajada.

—¿Dónde has pasado todo el día y toda la noche?

—¡Hum!—Juan sonrió misteriosamente—. ¡Negocios importantes!

—¡Negocios!—gruñó ella—. ¡Y yo que creía que estabas enfermo o en un caso apurado! La policía te anda buscando...

—¿De veras?

—Hasta han venido a la taberna.

—Pues erraron la pista, como siempre.

—El patrón está furioso. ¡Te has quedado sin empleo!

—¡Bah! Hay muchos empleos en el mundo.

La indignación de Lola iba en aumento.

—¡Abreme la puerta! ¡Quiero hablar contigo!

—¿A estas horas, Lolilla, y sin luna en el cielo? ¡Que me sacas los colores a la cara, mujer!

—¡Ya estás abriendo esa puerta, te digo!

Juan echó una mirada furtiva hacia donde se encontraba María, temiendo que pudiese oírlos. ¡Tenía que deshacerse de Lola!

—Que vengas siempre que te llame, bien está, pero que te presentes aquí sin haber sido llamada... no está ni medio bien.

—¡Estúpido! ¡No he de volver a buscarte en mi vida!

—No hagas promesas vanas, Lola...

—¡Por éstas, que no vuelvo más! ¡Debí decirle a la policía dónde te podía buscar!

Y se marchó furiosa.

—¡Lola... Lola!—llamó él.

Ella no le hizo caso, aunque la llamó dos o tres veces. A la cuarta se detuvo, y Juan, temeroso, la vió que regresaba.

—Lo-o-o-la! ¡Lolilla! ¡Te estoy llamando, mujer! ¡Vuelve a mis brazos, vida mía!—repitió, esperando que ella se acordara de la burla de la noche anterior.

La estratagema produjo su efecto.

—Si vuelvo es para estrangularte... ¡Me las has de pagar, canalla!—exclamó ella, notando la sorna en su voz. Y se fué, haciéndole un gesto grosero de despedida.

—¡Uf!—exclamó Juan—. ¡Esta mujer va a ser mi perdición!

Volviendo al cuarto donde había dejado a María, descubrió con sorpresa que ya se había acostado. Sus ropas estaban cuidadosamente dobladas sobre la silla. Tenía los ojos cerrados y su suave respiración levantaba acompasadamente su pecho. Juan se convenció de que estaba dormida. Sacando una manta de un cajón, la arropó con ternura. En seguida apagó la luz, se envolvió en su capa y se recostó en el sofá, murmurando:

—Esta chiquilla se ha comido tu cena, se ha bebido tu vino y se ha dormido en tu cama... ¡Mucho ojo, Juanillo, que el día de mañana se te sienta en el corazón!

“¡Ave María Purísima! ¡Es la madrugada... y sereno!”

Juan se despertó.

Se enderezó frotándose los ojos y miró hacia donde estaba María, profundamente dormida. Los acontecimientos del día anterior agolpáronse en su mente.

—Y ¿qué voy a hacer ahora?—se preguntó—. No se puede quedar en esta casa. Tío Esteban se pondrá furioso si sabe que ha pasado aquí la noche.

El rostro de María aparecía bellísimo. El sueño hacía más patente su inocencia.

—¡Qué hermosa es... y qué pura!—murmuró conmovido—. Debería ser monja.

Acercóse al lecho y la contempló en muda admiración. Le acarició levemente el cabello, y María se despertó, sonriendo.

—Es de madrugada—le dijo—. Mejor es que te vistas para regresar al convento antes de que la calle se llene de gente.

María se incorporó violentamente, con los ojos dilatados de espanto.

—¡Juan! ¡Oh, Juan! ¡Tengo que irme! ¡Por favor, déjame quedarme aquí!—suplicó.

CAPITULO XI

Juan se esforzó en negarse a complacerla.

—Aquí no te puedes quedar.

—Pero, ¿he de irme en este momento?

Juan se ablandó. El no quería, por cierto, que se fuera.

—Tal vez te podrías quedar hasta después del desayuno—concedió—. Mientras te vistes, iré a comprar la leche.

—¡No tardes, Juan!

—En seguida estoy de regreso.

Cuando se cerró la puerta tras él, María saltó del lecho y se puso de rodillas.

—¡Madre Santa, Virgencita mía! ¡Haz que me pueda quedar!—oró fervorosamente.

Juan, entretanto, saludaba a la lechera.

—¡Buenos días, señora Anselma!

—Muy buenos, Juanillo—. Llenó el cacharro de Juan y dijo a su chico, que regresaba en aquel momento a su lado, muy excitado:

—¿Por qué tardaste tanto en volver?

—Hay zafarrancho en el mercado. Los guardias andan registrando los puestos. Nadie me hacía caso.

—¿Qué ha pasado?—preguntaron Juan y la lechera al mismo tiempo.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Que buscan a una mocita que se ha fugado del convento de las Agustinas...

—¿No sabes cómo se llama?—inquirió Juan.

—Y ¿cómo lo voy a saber?

—Claro; ¡tú qué vas a saber!... Ahí tiene usted, señora Anselma. Hasta mañana—dijo Juan, pagando la leche.

Aunque se alejó con aire indiferente, estaba alarmado; y antes de entrar en su casa echó una mirada en derredor como si temiera ver a la policía viniendo a registrar su morada. María se había vestido y arreglado la mesa mientras él estuvo fuera. Lo recibió con una sonrisa radiante, que se apagó tan pronto como notó la preocupación en los ojos de Juan.

—¿Qué hay, Juan?—preguntó con la respiración entrecortada.

—Que te andan buscando, María Consuelo... No tienes más remedio que regresar al convento.

—¡Juan, por favor, no me digas que me vaya! ¡Por lo que más quieras, Juan, no me echas!

—¡Pero, María Consuelo, tú eres una santa criatura... y yo soy solamente un desgraciado, un Juan Sin Nombre!

—Para mí lo eres todo. Mira, yo cuidaré de tu casa. ¡Jesús, lo que trabajaría yo aquí!

—¡Pero, criatura, te pueden venir a buscar a esta casa! Muy duro es para mí, pero ¿qué le hemos de hacer?

María lo miró largamente y luego, comprendiendo que era cosa decidida, cogió su hatillo y se dirigió a la puerta.

—No te olvidaré nunca; y a veces, aunque sea mal hecho, he de escuchar tus canciones.

Algo estalló en el corazón de Juan. Precipitándose de un salto a la puerta, le arrebató el lío y lo tiró al suelo, exclamando:

—¡No, no; no te vayas! Puedes quedarte.

—¡Ay, cuánto te lo agradezco!

El semblante de la joven estaba transformado de alegría. Juan abrió los brazos. María se había precipitado en ellos, cuando se abrió la puerta de la alcoba y apareció Tío Esteban.

—¿Eh?—exclamó—. ¿Qué es eso?

Juan le miró con reproche.

—Por esta vez se ha equivocado usted—profriró—. Esta niña es María Consuelo Vargas, postulante del convento de las Agustinas...

—¿Cómo?—vociferó el Tío Esteban.

—Me la tropecé ayer—continuó Juan—. ¡No ha hecho todavía ningún voto... y se va a quedar aquí!

El Tío Esteban se le enfrentó, furioso:

—¿De manera que a eso hemos llegado? ¡Hasta a robar religiosas! ¡Fuera de aquí!—rugió—. ¡Y llévate a esa renegada!

—¡Tío Esteban!—gritó Juan enfurecido—. ¡Cuidado con lo que se dice!

Esteban no se amilanó. Furioso, escandalizado y sin parar mientes en lo que decía Juan, insultó a María.

Juan se puso lívido. Lanzando un grito ininteligible, levantó el brazo para golpear a Esteban.

—¡Juan! ¡Juan de Dios! ¡Ahórrate la vergüenza de maltratar a un viejo!

El joven recobró la razón, y su mano cayó inerte.

—Perdóneme usted—murmuró con voz bronca.

—Juan... hijo... —dijo Esteban en un murmullo entrecortado—. Lo siento mucho.

—Mírela usted bien, Tío Esteban—insistió Juan—. ¿Ve usted algo que no sean ángeles en sus ojos?

El Tío Esteban acarició a María en la barbilla, levantándole el rostro para observarla mejor. Y lo que vio debió tranquilizarle, pues dijo:

—Lo siento mucho; mis ojos no son ya tan buenos como debieran. Me he equivocado. Pero, Juan... ¡esto nos va a traer un lío gordo en Sevilla!

—¡Cá! ¡No nos vamos a quedar en Sevilla; nos marchamos a Madrid!

—¿Lo dices de veras?

—¡Y tan de veras! Si no podemos de otro modo, iremos un rato a pie y otro andando.

El rostro del viejo se iluminó de satisfacción.

—¡A Madrid, por fin!—exclamó.



—¡Hola, Tío Esteban!



Dos de ellos se escondieron debajo de su capa...



—¿ Me creyó, acaso, el diablo?



—¿ Cómo has sabido lo del convento?



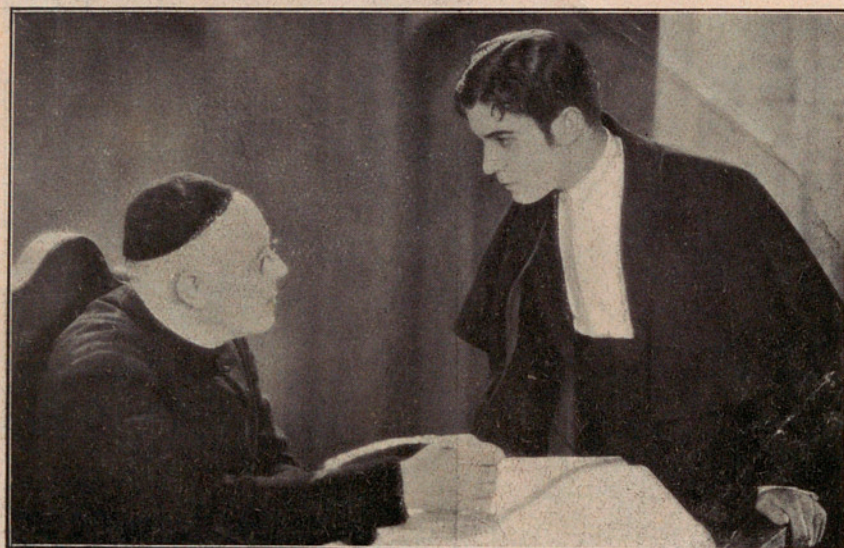
—No te muevas... no hables.



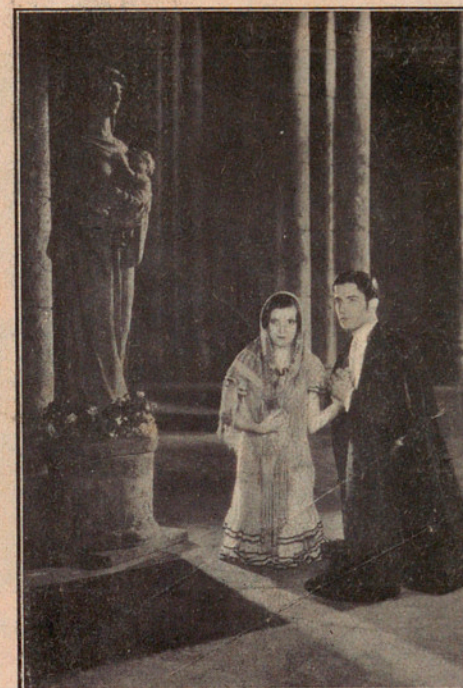
—¡No he de volver a buscarte en mi vida!



He... he encontrado esto en el
cuarto de Juan de Dios.



— ¿Cómo te llamas, hijo?



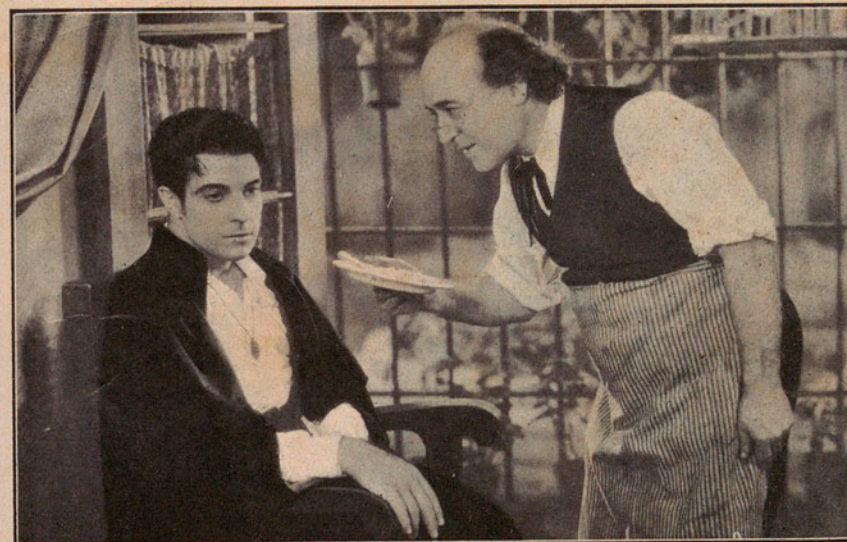
— ¡Virgen Santa, te prometo querer a
mi María con todo el corazón!...



— ¡Mírame, Juan!



— ¡Tío Esteban! ¡Tío Esteban! ¡Sáqueme pronto de aquí!



Esforzábase en prepararle los apetitosos platos...



— ¡Canta mejor que nunca!



— ¿Cómo está hoy, Tío Esteban?



—Si es tan grande tu amor por este joven, no debían haberte traído otra vez con nosotras.



... y la besó con ternura en la frente.

SEVILLA DE MIS AMORES

De pronto, sin embargo, refrenó su entusiasmo y señalando a María, preguntó: —Y ella... ¿se viene con nosotros?

—¡Natural! ¡María va a ser nuestra cocinera!

—¿Cocinera? ¿Qué le tienes que criticar a mis guisos?—protestó el Tío Esteban.

—Bueno; será entonces nuestra ama de llaves.

CAPITULO XII

Hay todavía personas en España que recuerdan a la Rumbarita, famosa diva del Teatro Real de la Opera, la de los ojos brillantes y notas argentinas. Ser recordada después de veinte años es un honor que pocos cantantes alcanzan.

A la sazón no era sino una mujer gruesa y entrada en años que, al escapársele la gloria y la fortuna, mantenía cerca del teatro de sus triunfos una casa de huéspedes para conservar intacto el capitalito que había logrado poner en salvo.

Aunque desconocida del mundo elegante que en otro tiempo tuvo a sus pies, era una especie de celebridad entre los estudiantes y artistas jóvenes que acudían a Madrid. Ser pupilo de la Rumbarita se consideraba una distinción.

Tenía la lengua suelta, pero sin malicia; y a menudo recordaba sus pasadas glorias, los días en que Madrid era Madrid y un artista era verdaderamente "artista".

La Puerta del Sol, el Palacio Real, el Gran Teatro de la Opera, y otra media

docena de sitios grandiosos que ella conocía bien, no habían cambiado; pero la gente, sí...

—¡Plata, plata y plata! —decía—. Este es el lema actual... aun entre los cantantes.

Aquella noche estaba a punto de retirarse cuando alguien tiró del cordón de la puerta. Esperó que sonara la campanilla otra vez antes de levantarse. Y se repitió la llamada.

—¡No lo arranquen!—gritó ella, cubriéndose apresuradamente con una vieja bata de casa y ajustándose la peluca.

Bajó las escaleras llevando una linterna, y vió a dos hombres y a una muchacha esperando en la penumbra. A uno de ellos le oyó decir:

—¡Oh, Madrid, Madrid! ¡La perla de las ciudades! ¡La Meca de los artistas! ¿Serás cruel o propicia para nosotros?

El que así había hablado le dijo apenas la vió:

—¿Por qué nos hace usted esperar tanto?

La Rumbarita se irguió majestuosamente. Pondría al individuo éste en su lugar.

—Si su bolsa anda tan mal como sus modales, ha equivocado usted la puerta.

Tío Esteban, pues no era otro, se echó a reír, y dirigiéndose a sus jóvenes acompañantes, exclamó:

—Pasad, muchachos, y recordad... ¡estamos en terreno sagrado! Tenéis delante a la cantatriz más famosa que conozca el mundo... ¡La Rumbarita en carne y hueso!

La mujer se sorprendió.

—Soy la Rumbarita, es verdad—declaró orgullosamente—; pero, ¿quién es usted que me conoce? Hoy nadie se acuerda de mí.

—Ni de mí tampoco—replicó Esteban.

—Pero, ¿qué importa? ¡Tú y yo, Lulú, hemos tenido nuestros días de gloria!

—¡Me llama usted Lulú! ¿Quién es usted?

Tío Esteban redobló su risa.

—Te he tentado en "Fausto", te seduje en "La Flauta Mágica", morimos juntos en "Romeo y Julieta"! ¿Me conoces ahora?

—¡Por todos los santos del cielo! — ¡No puedes ser otro que Esteban Malinino!...—Abrió los brazos—¡Bésame, camarada... artista... amigo!

—¡Lulú! — murmuró él, dejándose arrastrar por la emoción.

Juan empujó ligeramente a Esteban, y la Rumbarita lo recibió en sus brazos, besándolo en ambas mejillas. Esteban correspondió al afectuoso saludo.

Juan hizo un guiño a María.

—Y éstos, ¿quiénes son? —preguntó la antigua cantante, dedicando su atención a los jóvenes.

—Este es mi discípulo—respondió Tío Esteban con orgullo—. Cuando canta, Lulú, me imagino a veces que soy yo mismo.

La Rumbarita hizo señas a Juan de que se acercara. Lo examinó por un momento, y se dio por satisfecha.

—Bésame, chico—ordenó—. Si eres un tenor la mitad de bueno que tu maestro, serás una gran cosa. Y ésta ¿quién es? — preguntó señalando a María.

—¿Alguna soprano?

—No—repuso Esteban—. Es una muchacha que viene con nosotros.

—Cocina y nos cuida la casa—explicó Juan.

—¡Menos mal! Cuando un tenor y una soprano están bajo el mismo techo... ¡el techo es capaz de volar! Pero, vamos a ver: vosotros querréis unas habitaciones tranquilas, como para estudio. Tengo precisamente lo que necesitamos... arriba, en el desván. Subamos a verlas.

Colgándose del brazo de Esteban comenzó a subir las escaleras, siguiéndoles los muchachos.

—Este era el estudio del gran Juanito Boscoto—dijo con veneración, al llegar. Esteban se emocionó.

—¡Juanito Boscoto? ¡Qué honra! — dijo—. ¡Y qué feliz presagio!

El nombre de este gran cantante de la pasada generación no significaba nada para Juan. Oprimió tiernamente la mano de María.

—Tú eres mi feliz presagio—murmuró—; y no necesito otro.

Volviéndose a la Rumbarita, preguntó:

—¿Cuántas piezas son?

—Hay tres, señorito.

—¿Cuál es la mejor?

—Esta en que estamos.

—¡Ah, si hay también un piano!—exclamó.

—Está hecho una lástima — observó Esteban.

—Como no os esperaba... pero ya lo arreglaremos, o llamaré a alguien para que lo arregle—dijo la patrona.

—Juan... ¡Boscoto... el gran Boscoto! —repetía Esteban, perdido en sus recuerdos.

Mientras Esteban y la Rumbarita cambiaban impresiones de tiempos pasados, Juan llevó a María hacia la ventana.

—Ven, María; quiero mostrarte algo.

Cogidos de la mano cruzaron la habitación. La ventana encuadraba un hermoso panorama de Madrid.

—¡Oh, qué belleza!—exclamó la joven, mirando centellear las luces de la ciudad... Parece el cielo, Juan.

—Extendiéndose delante de nosotros

—murmuró él poéticamente—. ¿No es cierto que es muy linda la vida, María?

Ella no contestó, y cuando él la miró, sorprendido de su silencio, notó que estaba contemplando una pequeña imagen de la Virgen.

—¿Qué te pasa, María? — preguntó con alguna inquietud.

—No sé, Juan. Tengo... tengo miedo, y estaba pidiendo a la Virgen que nos proteja.

—¿Miedo? ¿De qué puedes tener miedo, María?

—De nada, supongo...—suspiró ella.

—¡Por cierto que no hay nada de que tener miedo!—afirmó él. Sin embargo, ahora que ella había expresado temores, por vagos que fueran, no pudo Juan desprenderse de la sensación de que les amenazaba un peligro. Preguntóse una y varias veces a quién o qué cosa podrían temer... Y cada vez, la inconsciente respuesta era: ¡Lola!

CAPITULO XIII

Pocas horas después de haber abandonado Sevilla los viajeros, se presentó Lola en busca de Juan, tratando de efectuar una reconciliación. Sus repetidas llamadas no obtuvieron respuesta. Creyendo que Juan lo hacía para fastidiarla, empujó colérica la puerta que, con gran sorpresa suya, se abrió de par en par. El desorden de las habitaciones, las huellas de partida acelerada, le revelaron muy pronto la verdad. Recorrió metódicamente los cuartos, esperando encontrar algún indicio que le indicara la dirección que habían tomado. Sus ojos cayeron en el lío de ropas que María había dejado tras sí.

Lola abrió el paquete y se quedó estupefacta al descubrir el hábito de postulante y el nombre de María bordado en el cuello. Cuando pudo coordinar sus ideas, recordó el nombre de la muchacha y la conversación sostenida con Juan acerca de María Consuelo.

¡Y ahora se había escapado con ella! Celos frenéticos le estrujaron el corazón. Su primer pensamiento fué avisar a la policía, pero desistió de ello, para vengarse por sus propias manos.

Pero, ¿y si había salido de Sevilla? Inmediatamente pensó que estaba en lo cierto. El le había dicho muchas veces que deseaba ir a Madrid.

¡Bueno; en Madrid, en París o en la China, ella los encontraría!

No tardó mucho en descubrir que las autoridades estaban todavía buscando a María. Determinó ver inmediatamente a la Superiora del convento.

Por supuesto, habían notificado a Enrique prontamente que su hermana había desaparecido, y el capitán, anonadado, recorrió las calles como un loco, buscando a la ventura. Conforme avanzaba el día sin más noticias que la de que la habían visto en la proximidad de la plaza del mercado, una negra desesperación se apoderó de su espíritu. En su furor y amargura, comenzó a reprochar a las autoridades del convento, y así lo expresó violentamente a la Superiora aquella tarde. La santa mujer trató de calmarle.

—Tal vez sería mejor encomendar las pesquisas a la policía. Me asusta usted con sus arrebatos.

—Lo siento mucho... ¡pero preferiría verla muerta que alejada de la casa de Dios!

—¡Ni una palabra más, hijo mío! No olvide usted que su hermana no ha profesado ni hecho ningún voto. Puede irse donde quiera, con la conciencia limpia, si su vocación la llama a otra parte.

—Pero, Reverenda Madre, ¿qué otra vocación puede sentir una criatura de sus años?

—María Consuelo tiene en el alma la inspiración musical, y Dios puede utilizar de muchos modos los dones que concede a sus hijos...

La interrumpieron los ecos de una voz aguda de mujer que chillaba en la puerta:

—¡Tengo que ver a la Superiora, y he de verla!

La hermana tornera se resistía a dejar pasar a la visitante. Con todo, un momento después se abrió de golpe la puerta de la sala, y Lola se precipitó dentro jadeante, con el cabello en desorden.

La Madre Superiora hizo seña a la hermana Concepción de que los dejara y, mirando a Lola, preguntó:

—¿Qué ocurre, hija mía?

El digno y tranquilo continente de

la Madre Superiora rebajó un poco los ímpetus de Lola. Cambió de maneras, tomando un aire casi respetuoso. Alargando el hábito de postulante que había descubierto en la morada de Juan, balbució:

—He... he encontrado esto en el cuarto de Juan de Dios.

—¡El hábito de mi hermana!—gritó Enrique Vargas.

La Superiora recibió el hábito y lo examinó.

—Y ¿quién es Juan de Dios?—preguntó con calma.

Enrique se adelantó, con el rostro pálido de ira.

—Sí, ¿quién es él, y quién es usted?—exclamó ferozmente.

—Yo... yo bailo en la taberna de al lado... Juan de Dios era mi cantador.

Enrique miró a Lola con horror creciente. Las palabras de la Madre Superiora repercutieron en sus oídos con escarnio... ¡El don de la música!...

—¿Conque un cantador de taberna? ¿Y dice usted que se llama Juan de Dios?—repitió, estremeciéndose de rabia.

Lola vió que llevaba la mano a la empuñadura de la espada.

—Sí, señor oficial—gritó con voz penetrante—. Así se llama, pero ya no lo encontrará usted. ¡El pájaro ha volado, y la palomita con él! ¡El era mío... muy mío... y ella me lo ha quitado! ¡Mal rayo los parta, Virgen del Carmen!

—¡Silencio!—ordenó la Superiora—. ¿No tiene usted respeto por mí ni por la casa de Dios? ¡Qué imprudencia!

—¡Por Dios que he de hallarlo y que lo he de matar!—gritó Enrique, sin darse cuenta del lugar donde se hallaba. Cogió a Lola por los hombros y la sacudió con rudeza, como queriendo arrancarle la verdad cuanto antes—. ¿Dónde se han ido? ¿Dónde están?—preguntó violentamente.

—¡Si lo supiera de seguro! ¡Si solamente lo supiera!...—gruñó Lola con los dientes apretados.

—Usted tiene alguna idea de dónde pueden estar. Lo leo en sus ojos. ¿Por qué no habla de una vez?

—Tal vez preferirá informar a la policía—dijo la anciana monja—. Es mi

deber comunicarle al instante lo que pasa.

—Hablaré—dijo Lola con una cargada satánica—. Tiene usted razón; tengo una idea de adónde se han ido. ¡Se han ido a Madrid! ¡Ahí es dónde los encontrará!

—¿A Madrid? ¿Por qué cree usted que a Madrid?—exclamó Enrique.

—¡Sí! ¡Lo encontrará usted en Madrid... cantando con un viejo loco a un lado y esa mujer en el otro!—Y rió de nuevo con risa convulsiva.

El mismo Enrique se estremeció.

De pronto vió que Lola se tambaleaba. Se le acercó para sostenerla, pero llegó tarde. La Madre Superiora se arrojó y colocó la cabeza de la bailarina en su regazo.

Enrique salió del convento con la intención de partir inmediatamente para Madrid. Pronto, sin embargo, comprendió lo absurdo de su resolución. Madrid es una ciudad inmensa, donde un hombre y una mujer podían ocultarse con facilidad. Esa Lola ciertamente sabía más de lo que había dicho. Podía, al menos, dar informes acerca del hombre, de sus hábitos, que ayudarían a encontrarle.

Estas reflexiones le hicieron regresar al convento. Era ya tan tarde, que no

le permitieron la entrada, pero averiguó que habían llevado a Lola a la delegación de policía. Allí encaminó sus pasos, pero no tuvo mucho éxito. Habían registrado la casa de Juan sin encontrar indicio alguno que revelara sus proyectos; y Lola tampoco había podido dar informes concretos.

Enrique se sintió muy desalentado. No había probado bocado en todo el día. Entró en una fonda y pidió que le sirvieran de comer, pero le fué imposible tragar el alimento. Entonces se le ocurrió que el mejor medio de conseguir que hablase Lola sería aguijonear sus celos y ofrecerle llevarla consigo a Madrid. Ella podía identificar a Juan de Dios; y, a juzgar por sus arranques, no descansaría hasta haber descubierto su paradero.

En consecuencia, recabó del amo del café la dirección de la bailarina, y fué inmediatamente en su busca.

—Estaré lista en cinco minutos—dijo ella, radiante, cuando él le propuso llevársela a Madrid—. ¿A qué hora sale el tren?

—Ya no hay más trenes esta noche—repuso Enrique—. Partiremos en el rápido de mañana.

CAPITULO XIV

Una vez en Madrid, descubrió Enrique que la policía no se interesaba lo suficiente en la fuga de su hermana. Hizo una investigación superficial, y, no encontrando trazas de Juan de Dios ni de la muchacha, dió carpetazo al asunto.

Enrique y Lola recorrieron por su parte la ciudad, visitando los lugares donde había más probabilidades de tropezarse con ellos; pero todos sus pasos resultaron infructuosos.

Entretanto, Juan había recobrado su alegría e indolencia habituales, convencido de que Lola le había olvidado. El Tío Esteban había encontrado antiguos amigos que le pusieron en contacto con el director de la Opera. Después de algunas objeciones, dilaciones y retrasos, el empresario consintió en oír cantar a Juan. Fijóse el día, y Esteban continuó las lecciones con renovado ardor. Ahora que la Rumberita insistía también en que estudiase, Juan vióse obligado a tomar por lo serio su educación musical.

Los días pasaban apaciblemente, y María era feliz sentándose junto a la ventana a echar migajas a las palomas que revoloteaban en torno mientras escuchaba cantar a Juan.

Amaneció al cabo el día de la prueba. Todos se habían levantado tempra-

no; el Tío Esteban daba vueltas, excitado, por la casa, y la Rumberita, que se había echado encima el fondo del baúl, iba y venía, esperando el carruaje que había alquilado, y aconsejando a Juan que vocalizase siquiera media hora más.

Solamente Juan parecía inmune a la emoción general. Nadie hubiera creído que dentro de breves horas iba quizá a decidirse su porvenir. De pie junto al piano, al lado de Tío Esteban, prestaba más atención a los movimientos de María que a la música.

—Fíjate en el *legato* y cuida de la respiración—recomendó el maestro.

—¡Ah, sí, la respiración!—dijo él en tono petulante, echado una ojeada a María—. Hoy me siento con la respiración de un ángel.

El Tío Esteban hizo una mueca de disgusto. Juan recobró un instante la seriedad y comenzó sus ejercicios.

—No está del todo mal. Ensayemos ahora el canto.

Después de unos cuantos compases, el viejo interrumpió:

—Muy apretado, hijo. Deja salir la voz con toda libertad.

Comenzaron de nuevo.

—Pero, ¿qué te pasa hoy, Juan? ¿Has estado fumando cigarrillos otra vez?

—Sí.

—¡Tanto como te he rogado que no lo hicieras!

—¡Pocos que se fuma usted también!

—Pero yo no tengo que dar ninguna audición en la Opera. ¿No puedes meter te en la cabeza que tu porvenir entero puede depender de cómo salgas hoy? ¡Toda tu vida depende de que hagas buen efecto!

—¡María Consuelo, toda mi vida depende de estos momentos!—declamó él con burlesca solemnidad—. Hazme el favor de mirar solamente a las palomas, y no perturbarme con tus lindos ojos. Esteban, aburrido, se levantó para abandonar el piano. Juan le hizo sentar de nuevo.

—Ya estoy serio, Tío Esteban; deme la entrada una vez más.

Ahora se entregó de lleno a su canto. Su voz surgía sonora y melodiosa, y María lo miraba admirada.

Al Tío Esteban, sin embargo, le hervía la sangre al ver los ademanes de Juan, muy alejados por cierto del estilo de la ópera. ¡Y la expresión!

—¿Es que cantas para algún festín o cantas con el corazón destrozado?—gritó, poniéndose a imitar su sonrisa y sus movimientos sincopados.

Juan pretendió sorprenderse de esta crítica, y replicó:

—Por supuesto que puedo cantar muy lánguida y lastimeramente, si usted quiere—dijo. Y comenzó a repetir el aria, recalando y exagerando la manera teatral que forma parte de las tradiciones de la ópera.

La Rumberita, que entraba en ese momento a avisar que el carruaje estaba listo, se quedó horrorizada. Juan trató de excusarse, pero no le dieron tiempo. El carruaje aguardaba, y había que apresurarse.

* * *

Involuntariamente experimentó Juan una mezcla de veneración y pavor al encontrarse dentro del clásico edificio de la Opera. El sentimiento de su propia importancia declinó considerablemente.

Otros jóvenes cantantes daban también aquel día muestras de su habilidad. Esteban y la Rumberita eran todo oídos.

—La voz de Juan es muy superior a cualquiera de éstas. ¡Espérate que le llegue su turno!—aseguró Esteban, armandose de valor.

Pocos momentos después, se acercó un ayudante y murmuró unas cuantas palabras al oído de Esteban. El viejo tocó el brazo de Juan, diciéndole:

—A ti te toca en seguida, Juan. El

empresario, señor Mischa, está aguardando.

—¿Por dónde se va?—preguntó Juan.

—Sígame usted—repuso el ayudante.

Pronto subieron al escenario. El anunciador dió la voz:

—El señor Juan de Dios Carbajal.

El pianista comenzó el prelude del aria de "Rigoletto". Juan sacudió la cabeza. El movimiento era demasiado lento. El hombre comenzó de nuevo.

—Demasiado despacio—insistió Juan.

El pianista se dió por ofendido.

—Yo toco conforme a la tradición—explicó orgullosamente.

—Bueno—replicó el joven—, yo no soy tradicional...

El hombre atacó el prelude con violencia inusitada.

—...pero no soy tampoco caballo de carreras. No le he pedido a usted un *allegro* furioso.

Desde el fondo vino la voz del empresario:

—¿Qué pasa? ¡Prosiga usted!

Juan le hizo una cortesía.

—Necesito otro pianista, señor Mischa—explicó—. ¿No hay otro pianista en el teatro?

Si que lo había. Un nuevo pianista se presentó inmediatamente. Era un hombrecillo avispado, de ojos reidores. Hacía mucho tiempo que no veía solicitantes suficientemente atrevidos para imponerse de esta manera, y le hacía la mar de gracia. Saludó cordialmente a Juan, quien le correspondió al saludo con entusiasmo.

—Hombre, ¿quisiera usted tocarme esto? "Questo o quella", de "Rigoletto". Todo el mundo conoce eso. Un poquito de *ritardando* al final de cada frase, ¿sabe usted? Entre músicos nos entendemos.

El acompañamiento parecía ahora a su gusto, y comenzó a cantar. Nunca había estado en mejor voz. Cantó el aria, y la cantó con un entusiasmo y una naturalidad que jamás se habían visto en la escena. Terminó con la conciencia de haber quedado bien. Sobrevino un profundo silencio.

—Señor empresario, ¿le agradaría a usted oír otra cosilla... una cancioncita que... escribí siendo niño? Les va a gus-

tar. A Tío Esteban le agrada mucho y a mí también.

Y sin esperar la respuesta, comenzó a cantar:

*Los ojitos de mi niña son dos
Son dos porque los he contado.*

El director de la Opera no pudo contener el nerviosismo que le causaba el carácter de Juan.

—Gracias; he oído ya lo suficiente—le interrumpió con frialdad cortante y abrumadora, levantándose para retirarse.

El Tío Esteban trató de alcanzarlo en la puerta para presentarle sus excusas.

—Es inútil—contestó airado el empresario—. No quiero oír una palabra más acerca de su protegido.

—Pero, Mischa, espero que lo dejara usted debutar...

—¡No, no y no! ¡Así cantara diez veces mejor de lo que canta, no lo contrataría! ¡Ese muchacho no tiene sentimiento... lo único que tiene es pura diablura!

Juan se acercó a tiempo para oír esta acusación. María estaba a su lado.

—Usted es un gran artista, amigo Esteban, y nosotros respetamos su opinión—continuó el director, dándose aire de importancia, mientras Esteban se clavaba las uñas en las palmas de la mano, para contener las lágrimas—; pero su protegido no hará carrera. Hay que pagar un precio, a menudo terrible, para ser un buen cantante. Mejor le irá a usted si no tiene nunca que pagarlo—agregó, dirigiéndose a Juan.

—¿Qué quiere usted decir con eso?—inquirió el aludido.

—Que no es posible tener una gran voz sin haber antes sufrido mucho; y ya se ve que el corazón de usted no ha de sangrar nunca.

—Ya lo creo que no—replicó Juan—. Se agradece. Vamos, andando, niñas, a casita.

Y cogiendo del brazo a María, se dirigió a la salida, seguido de la Rumbarita, a quien las lágrimas habían hecho perder los cosméticos.

—¡Juanillo, espera, haz el favor!—suplicó Esteban.

—Ya lo ve usted—dijo Mischa a Es-

teban—; la tradición no tiene importancia para él. Canta por diversión... ¡Y podría cantar!

—¡Estoy seguro de ello!—replicó Esteban con fervor—. Mischa, por nuestra antigua amistad, concédame al menos que pague yo lo que cueste sacar al chico una vez siquiera ante el público en este teatro. Tengo algunos ahorritos y con gusto pagaría lo que fuese para que lo dejara usted cantar.

—Usted sabe que trescientos duros es lo menos que le cuesta a usted una de estas cosas—repuso el empresario—. Creo que podría arreglarse... a veces enferman los cantantes...—musitó.

—¡Por supuesto!—dijo Esteban, humedeciéndose los ojos—. Pero él no debe saber que yo he pagado por eso. Mañana volveré y arreglaremos los detalles.

—¡Hasta la vista, querido amigo; que lo pase usted bien!—dijo el director.

—¡Hasta la vista, y muchas gracias!—contestó Esteban.

Aquella noche, muy tarde, después que Esteban se retiró a su alcoba, Juan estaba todavía triston y meditabundo en el estudio. Tío Esteban le había cantado las verdades. Juan sentía el escoror del orgullo herido; pero comprendía también que había echado a perder la ocasión y, peor todavía, que había burlado las esperanzas de su maestro.

—¿Por qué no me dejan ser como soy?—monologaba—. ¡Todo el mundo quiere saber más de mí que yo mismo! ¡Yo sé muy bien lo que pienso, y sé muy bien lo que siento!... Y tú, ¿qué haces aquí?

—preguntó bruscamente a María, que acababa de entrar en el estudio.

—Creí que te habías acostado.

—No, he estado pensando...

—¿Pensando?

—Sí... acerca de ti y de otras cosas. Ven aquí.

—Es muy tarde, Juan.

—¿Qué más da, y quién eres tú para decirme lo? Vete a acostar. No. Ven a mi lado. Siéntate.

La joven, dócilmente, seguía todas sus indicaciones.

—María Consuelo, dime, ¿qué te pareció esta tarde?

—Más guapo que nunca.

—Niña, no hablo de mi figura, hablo de mi voz. ¿Cómo salió mi canto?

—A mí... a mí me gustó.

Juan se revolvió indignado.

—¡No es verdad! ¡Fracasé!

—No digas eso, Juan. A mí me gustó mucho.

—Tal vez a ti; pero no a esos tíos... Algo tengo yo que no anda bien. El empresario dice que no tengo corazón... ¡María!—exclamó levantándose de un salto—. Quizá no lo tenía antes de conocerte... pero ahora, ¡mírame!—Se arrodilló a sus pies—. ¡Te quiero, María! Te he querido desde la primera vez que te vi... Y tú, ¿me quieres?

Un delicioso suspiro de felicidad fué su respuesta, mientras él la estrechaba tiernamente en sus brazos, cubriendo su rostro de besos.

—María Consuelo, el empresario tenía razón. No tengo corazón... tú lo tienes enterito. Y díjome también: "Tiene que sangrarte el corazón". María, mi corazón es tuyo... ¿harás tú sangrar mi corazón?

—¡Dios me libre!

—¿Aunque yo te lo rogara?

—Aunque.

—¡Qué buena eres! ¡María Consuelo, siempre te he querido!

Y Juan, emocionado, cantó:

*Siempre canté como el ave
Y a la luz viví
Pero en mi sueño yo te buscaba
Con loco frenesí.
Cuando mis labios cantaban
Y bailaban mis pies,
Mis ojos tu faz buscaban
Con anhelo y avidez.
Ya estás aquí
Se acabó mi soledad
Y mi sueño convertí
En divina realidad.*

—¡Ay, Juan, qué feliz soy! ¡Qué feliz soy, Dios mío!—exclamó ella, cuando él terminó.

Conversaron unos momentos más, con las manos enlazadas, haciendo planes para el porvenir. El reloj dió la hora: y, sorprendidos, se despidieron para soñar cada cual con su felicidad.

* * *

A la mañana siguiente, Esteban se dirigió, con aire de misterio, a ver al director del Teatro Real de la Opera. Una hora después, Juan y María salieron juntos; y la Rumberita, que los abordó a la puerta, no pudo saber adónde iban.

—¿Te parece que está bien hecho? — preguntó María a Juan cuando se hubieron alejado un poco.

—¿Estás segura de que quieres casarte conmigo? Eso es lo importante.

—Por supuesto que sí—repuso ella.

—Entonces, tenemos que ver al párroco, lo primero—explicó él—. Tienen que echarnos las amonestaciones antes de que nos casemos.

Era la primera vez que Juan entraba en la catedral. El efecto grandioso del templo le produjo un sentimiento de íntima satisfacción. Terminada la misa, dejó a María en la iglesia y fué en busca de un cura.

El sacerdote que atendió a Juan era un viejecito de rostro surcado por las arrugas y un poco tardo de oído. Juan no tuvo dificultad alguna, sin embargo, hasta que el cura le preguntó su nombre. Por primera vez se le ocurrió entonces que Juan de Dios no era suficiente.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Juan de Dios.

—¿Juan de Dios, qué...?

—¡Ah! Juan de Dios...

—Tu apellido, hijo, tu apellido. El nombre de la novia es María Consuelo Vargas, dices. Ahora el tuyo: ¿Juan de Dios, qué?

—¡Ah, el apellido!

—Sí, hombre, tu apellido—repitió el cura, con la pluma en alto.

—Juan de Dios... Alonso.

—La novia, María Consuelo Vargas; el novio, Juan de Dios Alonso—repitió el sacerdote, acabando por fin de anotar la partida.

—Padre, nos podrá usted echar la primera amonestación el domingo que viene, ¿verdad?

—Sí, y durante tres domingos consecutivos—informó el párroco.

—¿Y luego nos podremos casar?

—Si no hay impedimento. ¿Estás seguro, hijo mío, de que todo está como Dios manda?

—Sí, padre.

—Entonces, que sea enhorabuena. ¿Por qué tiembles tanto?

—Pues, mire usted, padre... es que nunca me he casado... ¿comprende? Y... ¿es eso todo?

—Eso es todo.

—Gracias, padre. ¡Ah! una limosnita para la iglesia.

—Ve con Dios, hijo mío—dijo el bondadoso párroco.

Juan besó la mano del sacerdote y se apresuró a reunirse con María.

—Todo está arreglado, María—exclamó alegremente.

—Juan, ¿estás seguro de que no hacemos nada malo?—insistió ella en preguntar.

—Como que el padre mismo me lo ha dicho—contestó él riéndose—. Me ha dado la enhorabuena.

Detuviéronse, para santiguarse, ante la pila de agua bendita.

—Ahora sí, María Consuelo, que se acabaron las desazones y los apuros y las penillas. ¿No ves cómo nos sonríe la Virgencita?—dijo Juan, señalando una estatua de Nuestra Señora.

—¿De veras?—preguntó María.

—¡Chiquilla, ni que estuvieras ciega! — declaró Juan. Y, santiguándose —:

¡Virgen Santa, te prometo querer a mi María con todo el corazón hasta mi muerte, y ser siempre leal con ella!

Inspirada por su promesa, María se santiguó a su vez y repitió el voto—: ¡Madre mía, te prometo querer siempre a mi Juan y no abandonarle nunca... nunca!

Salieron de la catedral. Aprovechando la primera ocasión, Juan estrechó a María entre sus brazos y la besó tiernamente.

—¿Ves tú? Ya somos novios—dijo riéndose.

—¡Qué dicha! — murmuró ella, arrobada.

Dirigiéronse apresuradamente a la pensión ansiosos de sorprender a Esteban y a la Rumberita con la noticia.

Caminaban cariñosamente cogidos de la mano por la calle, cuando un ómnibus pasó junto a ellos. Ninguno de ellos se dio cuenta de que uno de los pasajeros ahogaba un grito de asombro al verlos. Era Lola. Descendió ligeramente en la próxima parada y regresó al lugar donde había divisado a Juan y su compañera; pero los novios habían desaparecido. En medio de la decepción que le causó haber perdido la pista, no pudo

menos de consolarse con la idea de que sus pesquisas tenían ahora un radio definido, y que por estos barrios llegaría a encontrarlos.

Tío Esteban había logrado terminar su arreglo con el empresario Mischa. Conversaba animadamente con la Rumberita, cuando escucharon ambos desde abajo la voz de Juan. La vieja cantatriz hizo un guiño a Esteban.

—¡Ahí están, creyendo que nos van a sorprender... como si no lo hubiéramos adivinado hace mucho rato! — dijo ella, sonriéndose.

—¡Tío Esteban! ¡Tía Lulú!—gritaba Juan. Los viejos salieron a la puerta a recibirlos.

—¡Señoras y caballeros de Madrid, escuchad el pregón. Vais a...!

—...oír las buenas nuevas del día—concluyeron la Rumberita y Tío Esteban al mismo tiempo.

—¿Conque lo sabíais?—exclamó Juan estupefacto.

—Por supuesto... ¡Si la cosa se os está leyendo en la cara!—dijo la Rumberita, emocionada—. ¡Oh, Esteban, qué hermoso es ser joven y sonrojarse así!—Adehlantóse y besó cariñosamente a la joven—. Hija mía, mis parabienes. Me alegro en el alma.

—¡Otros tres domingos y tendremos boda!—anunció Juan orgullosamente.

Tío Esteban le tendió las manos.

—¡Debería estar enojado... pero no lo estoy! ¡Déjame que te abrace, muchacho, y a ti también, María!

La Rumberita comenzó a hacer pucheros.

—No se ponga usted a llorar ahora, tía Lulú. Seque esas lágrimas y llévase prontito a María Consuelo a la plaza del mercado. Vamos a tener un festín esta noche, y ella necesita un vestido blanco... con cintas y encajes... ¡y una corona de azahares!

—¡Una corona de azahares!—murmuró María, extasiada.

—Tío Esteban, usted a comprar las cosas de comer... ¡y cuidado que el Tío Esteban sabe de eso!

—¿Qué tendremos?—preguntó el viejo, encandilándose los ojos.

—Lo que usted quiera.

—¡Langosta... y una botella de vino blanco... y pichón?

—¡Aceptado!

—Entretanto, yo limpiaré la casa—dijo Juan.

Dió un beso a María, empujándola hacia la puerta.

—Espérate un momento — dijo la Rumbarita—. ¡Qué día! ¡Qué día! Ahora, Esteban, dale tú la gran noticia.

—¡Ah, sí, otra noticia sensacional!— exclamó Esteban.

—Suéltela usted, Tío Esteban.

—¡Una oportunidad para ti, como nunca la hubieras soñado, hijo mío! — Detúvose y miró fijamente a Juan—. ¡Que vas a cantar esta noche el papel de Canio en "Payasos" en el Teatro

Real... y que la Reina va a estar presente!

—¡Cáspita!—exclamó Juan con alegre risotada.

—Nos ha avisado el empresario que el signor Tito, el tenor, está indispuesto y que tú vas a reemplazarlo.

—¡Vaya, vaya!—dijo Juan, muy satisfecho de sí mismo—. El empresario no es tan tonto, después de todo. Le gusté entonces, ¿eh?

Esteban tragó saliva.

—Quedó encantado de tu voz. Anda, tienes que prepararte en un periquete.

—Descuide usted, que me sé el papel de cabo a rabo. Voy a quedar como los propios ángeles. Me voy a reír como nadie se ha reído y voy a llorar lágrimas de verdad. ¡Y luego... luego lo celebraremos por todo lo alto!

CAPITULO XVI

Alegre como unas castañuelas, Juan había terminado de limpiar y disponer los muebles a su gusto mientras cantaba a pleno pulmón. Conque "Payasos" ¿eh? Bueno; ya les mostraría él cómo debe cantarse la parte de Canio. Detúvose con satisfacción a contemplar su obra.

—¡Necesitamos algunas flores!— exclamó—. ¡Y el vino! Se me había olvidado lo más importante.

Cogiendo su sombrero, salió de carrera, deslizándose sobre la barandilla de la escalera, como un chico travieso.

Al cabo de media hora regresaba con una botella de vino al brazo y un gran ramo de flores en la otra mano. Abrió de un puntapié la puerta del estudio y penetró radiante... para encontrarse cara a cara con un desconocido, un militar. Juan observó que llevaba el uniforme de capitán de caballería.

¡Era Enrique!

El canto de Juan expiró en sus labios cuando el visitante se le plantó delante, mirándole con odio.

—¿Es usted Juan de Dios?—preguntó el capitán Vargas con voz sorda y amenazadora.

—El mismo —respondió Juan—; ¿y usted, señor?

—¡Soy el capitán Enrique Vargas, de la Caballería de Su Majestad... y hermano de María Consuelo Vargas!

Esta declaración pareció cargar el aire de electricidad. Juan se quedó alelado.

—¿Dónde está mi infeliz hermana? — preguntó Enrique, airado.

—Su hermana no es infeliz. Ha salido a comprar su traje de boda. Esta noche celebramos nuestros esponsales—pudo contestar Juan.

—¡Gracias a Dios que llego a tiempo! —dijo el capitán iracundo—. Esta noche se vendrá ella conmigo a Sevilla. Más tarde me ocuparé de usted...

—¿Qué quiere usted decir?

—Que se dé usted por muy feliz de que no lo mate ahora mismo.

Juan se echó a reír.

—¿Matarme? ¿Con esa espada tan brillante que lleva usted al cinto?

—Lo haré si usted me obliga a ello. Pero no quiero manchar más el nombre de mi hermana.

—Muy feas palabras son esas, capitán Vargas.

—Sí; demasiado feas para que el mundo se entere de ellas. Eso es lo que lo salva a usted. ¡Mire usted que verme obligado a dejar con vida a un jugador que corrompe a una niña inocente!

Horrorizado ante esta acusación, Juan retrocedió.

—Pero, ¿usted cree que yo...?

—¿Creer? ¡Lo sé! ¡Pero es preciso que la sociedad no sepa nunca qué hizo usted de mi hermana una perdida!

La sangre de Juan se le heló en las venas. ¡La infamia de esa inculpación! Poco a poco recobró la facultad de hablar.

—Esa palabra estoy seguro que jamás la ha escuchado su hermana de usted—dijo fríamente. De súbito, su ame-

nazadora calma se disolvió en un arranque de furia apasionada—. ¡Retire usted esa palabra!—rugió—. ¡Retírela usted o lo ahogo ahora mismo!

Se asió como un tigre a la garganta de Enrique y comenzó a apretar.

—¡Retírela, retírela!— gritaba, apretando más y más. El capitán trataba desesperadamente de evadirse, de alcanzar su espada, sin lograr conseguirlo. El rumor de su bronca respiración comenzó a llenar la estancia.

De pronto se abrió la puerta a espaldas de Juan, y entró Lola, respandiente de adornos.

—¡Hola, chico! ¿Qué te pasa?— preguntó soltando una carcajada.

Lentamente se aflojaron los dedos de Juan. Volvióse a Lola, que avanzaba ondulando el cuerpo y con una maligna sonrisa en los labios.

—¿Conque tú eres la causante de esto? Ella estaba muy satisfecha de su hazaña para negarlo.

—Eso mismo. Yo lo he traído a tu escondrijo. ¿Te habías figurado que te podías esconder de Lola? Pero, ¡cuidado que ha sido malo el niño! ¡Sacar de su convento a una monjita! No sé cómo no llovió fuego del cielo y te achicharró.

—Y ¿qué se te ofrece por aquí?

—He venido a buscarte, naturalmente. No creerás que por una travesura como la que has cometido iba a olvidar nuestro querer... El capitán Vargas se marcha mañana con su hermana a Sevilla. Y luego, después que me hayas rogado mucho, veremos si te puedo perdonar.

—¡María Consuelo se queda aquí!— declaró Juan rotundamente.

—Eso lo resolverá el capitán Vargas, digo yo. Y no me quieras tragar con esos ojos. Si te interesa saberlo, a mí me debes la vida. Yo le hice prometer a él que no te mataría.

—Yo quiero a María Consuelo más que a mi vida. ¡Si alguno de ustedes cree que no he sabido respetarla, el que lo crea es un malvado!

Enrique se irguió, frotándose el cuello.

—¿Jura usted que ningún daño le ha causado a mi hermana?—preguntó con voz quebrada.

—¡Juro que es tan pura como en el convento!

—¡Loado sea Dios!—exclamó Vargas, aliviado.

—Nos vamos a casar dentro de cuatro semanas. Van a echarnos las amonestaciones en la catedral.

—¡Yo impediré esas amonestaciones!—dijo Enrique—. ¡Mi hermana se viene esta noche conmigo!

—¡Eso!—exclamó Lola con una risotada.

—Yo no la dejo que se vaya... y aunque se lo mandara, no se iría. ¡Nos quedamos con toda el alma!

—¿Dice usted que la quiere?

—¡La quiero más que a mi vida!

—Y porque la quiere, ¿va usted a destruir la vida de ella?

—¿Que yo la destruyo?—exclamó Juan estupefacto—. ¿Pero está usted en su juicio?

—¿No ve usted el daño que le ha causado y el que le va a causar? ¡Ella estaba consagrada a Dios y usted se la ha robado! Hasta el alma de mi hermana ha puesto usted en peligro.

—¿Por qué dice usted eso?

—Esa palabra que asegura usted ella no conoce, la que no quería usted que yo pronunciase, se la echarán en cara en todas partes; y, ¿qué hará usted entonces?

—¡Nadie se atreverá a decírsela a mi esposa!—replicó Juan con fiereza.

—Por fortuna, sin mi consentimiento, no puede usted hacerla su esposa—dijo el capitán.

—¡Ya lo veremos!—amenazó Juan.

Los dos hombres cruzaron la mirada.

—¿No comprende usted que viviendo con ella en esta casa hace usted de María Consuelo una mujer sin nombre?—dijo el capitán ardientemente, inclinándose hacia él—. Dice usted que la quiere... ¿y qué porvenir quiere usted para ella? ¿Que sea una mujer arrojada de la sociedad, una mujer liviana...?

Juan le interrumpió con un gemido. Enrique comprendió que iba ganando terreno.

—¿O que sea la santa esposa de Dios, a Quien estaba consagrada? ¡Decídale usted! ¿Va a devolvérsela al Señor o la

va a guardar a su lado para condenarla a la perdición? ¡Déjela venir conmigo!

—¡Pero si no va a querer irse!—protestó Juan sollozante.

—Si usted quiere, *hará* que se vaya—declaró Enrique con solemnidad.

Juan gemía como si se le partiera el corazón. Lola se acercó a él.

—¡Juan, déjala que se vaya!

—¡Fuera de aquí!—exclamó furioso. Lola retrocedió espantada—. ¡Déjenme solo! ¡Necesito pensar!

El capitán cogió a Lola de un brazo y ambos pasaron a la habitación contigua.

Juan no se movió. Tenía que decidir antes que María regresara. Sus sollozos convulsivos se apagaron, y sobrevino una quietud pesada, en que el tic-tac del reloj producía un efecto de martilleo. ¿Qué le pedía ese hombre? ¿Que dejase partir a María? ¡Imposible! Debería haber otro camino. Podía llevarse a María a otra ciudad. Pero, no. Ella era menor de edad... anularían su matrimonio... la ley estaba de su parte. ¿Qué cosa lo había llamado su hermano? ¡Un jugador... eso es lo que era... un cantador! Bueno; volvería a la taberna. ¿Qué le importaba su voz, ahora que le quitaban a María? Repasó su vida y se encontró indigno de María. ¡Un pedazo de pan, un vaso de vino, amores fáciles... eso era todo lo que había buscado en la vida!

Lentamente, la luz del sacrificio comenzó a brillar en sus ojos. María debía regresar al convento... y para él se acababa la vida. Más allá de su pérdida, nada podía alcanzarle, nada podía hacerle sufrir...

Oyó que se abría la puerta, pero no volvió siquiera la cabeza creyendo que era el hermano de María Consuelo. Esteban, María y Lulú entraban en el estudio.

—Juanillo, mira... traemos provisiones para un banquete—dijo Esteban triunfalmente.

—¡Y mira mi corona, Juan!—exclamó María—. ¡Toda de azahares pequeñitos, como tú la querías!

El se hizo a un lado, incapaz de sostener su mirada.

—¡Juan! ¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado? ¡Mírame, Juan! ¿No te gusta mi corona?

—Es muy bonita—respondió él, con voz lejana.

—¡Oh!—Su tono repercutió con sonos dolorosos en el corazón de María. Quedósele mirando y mirando, sin comprender.

La Rumberita, sin percatarse de la tragedia que se desarrollaba en aquel momento, acercóse a ellos con el vestido de María.

—¡María Consuelo!—exclamó alegremente—. ¡Vas a parecer la espumita del mar con este traje! Está...—Las palabras se apagaron en sus labios al contemplar el semblante desvaído de María y la mirada en los ojos de Juan—. ¡Esteban, Esteban!—llamó.

Tío Esteban se precipitó en el aposento. De una sola ojeada comprendió que algo anormal ocurría.

—¿Qué pasa?—preguntó, perplejo, arrugando las cejas y los párpados para observar mejor el rostro de los jóvenes.

Juan no tuvo necesidad de contestar, porque se abrió la puerta del cuarto de María y Lola apareció en el umbral. María se tambaleó, incapaz de dar crédito a sus ojos. Tío Esteban la sostuvo, estrechándola contra sí. Luego dijo a Juan, severamente:

—¡Esa mujer!—gritó—. ¡Esa mujer... en el día de tus esponsales! ¿Está aquí con tu permiso?

Juan no replicó.

—¡Contéstame!—rugió el viejo, furioso.

Y Juan afirmó.

CAPITULO XVII

Lola se había despojado del sombrero y el traje de calle, ciñéndose ajustadamente, a guisa de vestido, el mantón que encontró en el cuarto de María. Adelantóse con movimientos sinuosos del voluptuoso cuerpo, un cigarrillo entre los rojos labios y una expresión triunfante y burlona en los ojos, hasta llegar cerca

de Juan. Le dió al pasar un largo beso en el cuello, y fué a arrellanarse cómodamente en el sofá, envolviéndose en nubes de humo.

—Sabe a gloria ver esta reunión tan feliz—dijo, relamiéndose y dilatándose los ojos como a un gato, al contemplar a María. Esta no pudo evitar un gesto de

repugnancia, que no pasó inadvertido para Lola.

—¡Vaya! Por lo que veo, ésta es la encantadora señorita Vargas. ¡Sí que es guapa! ¡Con razón este ingrato me dejó un rato por usted!—Volvió a medias hacia Juan—. ¡Buen gusto has tenido siempre, Juanillo!—agregó confidencialmente—. Si algún día me cambias por una mujer fea, eso sí que no te lo perdonaré nunca.

Juan no se había movido ni pronunciado una palabra. Su semblante estaba lívido. Lola lo llamó.

—Ven acá; te perdono esta escapada. ¡Vamos, ven y dame un beso, Juan!

Todavía Juan continuaba inmóvil. Tío Esteban le lanzó una mirada iracunda; era más de lo que podía soportar.

—¿Qué quiere decir todo esto?—gritó.

—Pues a la vista está, Tío Esteban—contestó Juan con voz desfallecida—. Lola ha vuelto.

Con el corazón desgarrado, cada paso una tortura, se acercó al sofá.

—Sí, que Lola ha vuelto y bien vuelta—repitió ella con una carcajada estridente. Con agilidad felina se levantó de un salto, estrechándose contra Juan y besándole apasionadamente. Como Juan estaba de espaldas, no pudieron observar los otros que él no correspondía a estas caricias.

—Pero, ¿te has vuelto loco?—vociferó Esteban.

—Siempre fui yo su querer, hasta que este ángel lo arrancó de mí vera—replicó Lola abrazándole más fuerte—. Pero ya está conmigo otra vez... ¡y nadie me lo volverá a quitar!

María se rindió. ¡Era el castigo del cielo por lo que había hecho!

—¡Tío Esteban! ¡Tío Esteban! —sollozó—. ¡Sáqueme pronto de aquí! ¡Sáqueme de aquí!

El triunfo de Lola era completo. Con una sonrisa diabólica, exclamó:

—¡Juanillo, creo que ella te quiere de veras! ¡Qué demonio de guasón!

No había caminado María dos pasos cuando se encontró cara a cara con su hermano. Corrió a refugiarse en sus brazos, llamándole por su nombre y pidién-

dole que la sacara de allí. Enrique era adusto, pero amaba a su hermana.

—No llores, María—dijo acariciándola—. Has cometido un error, pero todo se arreglará. ¡Gracias a Dios que llegué a tiempo!

—¡Enrique, tenías razón... el mundo es malvado! ¡Sácame de aquí!

—Sí, sí—aseguró él, comenzando a temer que el pesar le quitara la razón.

—¡Tengo miedo... tengo miedo! Quiero esconderme! ¡Llévame a alguna parte donde esté segura!

—Volverás al servicio de Dios, hermana. Te esperan en el convento.

—¡Pero yo fui muy mala! ¡Abandoné a Dios! ¿Crees que Él me perdonará?

—Sí, María, sí, te perdonará. ¡Vámonos!

Rodeando su talle con el brazo, Enrique la condujo a la puerta. Un momento más y habían desaparecido.

El Tío Esteban cayó desplomado en una silla.

—¡Juan, Juan, qué significa todo esto?—preguntó débilmente.

Juan de Dios estalló entonces y se volvió a ellos ferozmente:

—¡Déjenme solo!

Pasando delante de Lola, se precipitó al aposento de María.

—¡Ingrato! ¡Después de todo lo que he hecho por ti, esas son las gracias que recibo!—refunfuñó Lola, preparándose a seguirle a la alcoba; pero Juan la cogió bruscamente por los hombros y la hizo girar en redondo.

—¡Vete de aquí! ¡Vete antes de que te arroje yo mismo!—exclamó enfurecido.

Lola se atemorizó.

—¡Qué valiente!—murmuró, queriendo aparecer altiva.

Por toda respuesta, Juan le dio un empujón hacia la salida. Luego, tirándole el sombrero y el vestido, le repitió, con acento que no dejaba lugar a dudas:

—¡Fuera de aquí antes de que te haga rodar por las escaleras!

Ella lo maldijo y retrocedió hasta la puerta del estudio. La Rumberita le dio un empujón que por poco no realiza las amenazas de Juan.

Una vez solos, Juan cayó de bruces so-

bre el sofá, sollozando desgarradoramente. Tío Esteban se arrodilló, piadoso, a su lado.

—¡Juan, hijo mío! ¿Qué ha pasado? Algo hay en el fondo de todo esto...

—No me haga usted hablar—suplicó Juan—. ¡Déjenme solo, por favor!

La Rumberita tocó el brazo de Esteban, haciéndole seña de que saliera. Ambos abandonaron la habitación.

* * *

Transcurrió la mañana mientras Juan se hundía en las profundidades de la desesperación. Sus lágrimas se secaron para cambiarse en una risa de locura. Detuviéronse sus miradas en el vino y las flores que había comprado. De un furioso puntapié echó a rodar la botella, rompiéndola. La corona de azahares que María había comprado yacía lánguidamente en un taburete. La destrozó violentamente entre sus dedos y la arrojó al brasero, lanzando una carcajada demoníaca al ver cómo se retorcián las flores y se achicharraban en el fuego.

De pronto descubrió en una silla el vestido de María. Con un gemido desgarrador hundió el rostro entre sus pliegues. Las luces de locura se apagaron en sus ojos, dejando solamente una desolación tan trágica que superaba al sufrimiento más agudo.

Por la tarde, Lulú se acercó de puntillas a la puerta. Juan se había quedado dormido, estrechando todavía entre sus dedos el arrugado vestido.

La Rumberita fué al encuentro de Esteban, poniéndose un dedo en los labios.

—Déjemosle dormir—dijo—. Eso le salvará de volverse loco.

Entre los dos viejos habían solucionado el enigma de la extraña conducta de Juan y la presencia de Lola en el estudio. El sacrificio del joven los había llenado de admiración y de una nueva apreciación de su carácter.

—No podrá cantar esta noche—declaró la ex diva—. No debes exigirselo, Esteban.

—¡Pero es indispensable que cante!—protestó Esteban—. Nada me importaría perder mis ahorros; pero, ¿de dónde vamos a sacar el dinero para proporcionarle otra oportunidad como ésta?

—En todo caso, dejémosle dormir hasta el último momento—aconsejó Lulú.

Convinieron en eso, y las sombras del crepúsculo velaban ya la habitación cuando Esteban se acercó a despertar a Juan.

—Vamos, hijo—murmuró Esteban

tiernamente—. Es hora de ir a la Opera. Juan se incorporó tratando de reunir sus ideas—. ¿A la Opera?—preguntó pesadamente.

—¿Te has olvidado de que cantas allí esta noche? Anda, hijo mío, levántate, que un verdadero artista no defrauda nunca a su auditorio.

Juan se echó a reír amargamente. ¿Qué le significaba ahora a él la Opera?

—¿Artista? ¡Yo no soy ningún artista...! ¡Yo soy un Don Nadie!

El viejo le cogió la mano, hundida todavía entre los pliegues del vestido de María.

—¡Hijo mío, Juan! He trabajado contigo, he tenido fe en que algún día serías famoso... ¡No le vas a dar un desengaño al Tío Esteban, Juanillo!

—¡Pero si es inútil, Tío Esteban! ¡No podría cantar esta noche!

—Tienes que hacer lo posible, hijo. Me es muy duro decírtelo, pero... le he pagado al empresario para que te dejase cantar... ¡Le he dado todo lo que tenía, Juanillo, hasta el último céntimo!

Juan soltó una carcajada violenta, llena de amargura.

—¿Conque no era mi genio lo que me había proporcionado esta oportunidad? ¿Usted ha tenido que pagarla! ¡Ja, ja, ja!

Esteban comenzó a temer por la razón de su protegido.

—¡Juan, hijo mío! — sollozó—. ¡No te pongas así!

—¡Cantar! — exclamó Juan—. Y ¿por qué no? ¡Ja, ja, ja! ¡Iré, Tío Esteban, y cantaré un *Canio* que ni hecho de molde!

CAPITULO XVIII

El teatro resplandecía de luces y de una brillante concurrencia aquella noche. "Payasos" era una de las óperas favoritas, y Tito, el tenor italiano, uno de los mejores *Canios* de su época. La Reina de España y su séquito de nobles y damas de honor ocupaban el palco Real.

El numeroso auditorio rumoreó un poco al oír que Tito no cantaría en "Payasos". Esos tenores desconocidos no va-

lían nada por lo general. Con todo, puesto que la Reina estaba presente, verían cómo quedaba el de aquella noche.

Pronto los familiares acordes de la obertura llenaron el teatro. *Tonio*, el payaso, salió a cantar el prólogo, terminando el cual se levantó el telón.

Cuando Juan apareció en escena, todos le observaron con curiosidad. Era apuesto, indudablemente. Su disfraz ocultaba

piadosamente la palidez mortal de su rostro. La parte femenina del auditorio dejó oír un murmullo de aprobación.

—Su figura les agrada—comentó el empresario entre dientes—. Vamos a ver cómo canta.

Esteban observaba también ansiosamente tras de bastidores. Había temido que Juan estuviese nervioso o desconcertado al ver por vez primera a un auditorio tan numeroso, y experimentó una agradable sorpresa. Juan cantaba con toda su alma, superando las más halagüeñas esperanzas. Poco a poco, sin embargo, se dio cuenta el viejo de que la enorme concurrencia, las luces, los demás actores, no existían para Juan. Cantaba solamente a María. Ella era *Nedda* a quien expresaba su amor.

La conocida historia de "Payasos" se desarrollaba en toda su dramática intensidad. La analogía con la tragedia de su propia vida era más de lo que Juan podía soportar.

El auditorio no podía comprender la agonía de su espíritu, maravillándose tan sólo de que un hombre pudiera infundir emoción tan penetrante a su canto.

—Este Juan de Dios es verdaderamente original—murmuró alguien al oído del empresario—. ¡Parece vivir su rol!

El empresario movió la cabeza en señal de asentimiento. Empezaba a comprender que Juan labraba su carrera en aquellos momentos y que él participaría en la gloria del triunfo. Miró al palco Real. La Reina había abandonado su aspecto displicente y estaba pendiente de los labios de Juan.

Acercábase el final del primer acto. En la famosa aria "Vesti la giubba", con la desesperación de *Canio* al comprender que el espectáculo debe continuar a despecho de su corazón que sangra, la voz de Juan alcanzó vibraciones extraordinarias, revelando profundidades desconocidas del sufrimiento humano. Al terminar, con una carcajada inmensa, dolorosísima, en vez de retirarse a la tienda como dice el libreto, avanzó hasta el borde mismo de las candile-

jas, con las manos extendidas en protesta desesperada, y rió, rió las angustias de su torturado ser, hasta que cayó desplomado al suelo.

Estruendosos aplausos resonaron en el teatro mientras caía el telón. Esteban y varios ayudantes trataron de hacer recobrar a Juan para que pudiera corresponder a la ovación que se prolongaba en la sala. El auditorio prorrumpió de nuevo en aplauso ensordecedor cuando Juan, alhelado, se presentó por fin a responder con inclinaciones maquinales al entusiasmo general.

Mischa hubo de excusarse con todos aquellos que lo felicitaban por su extraordinaria habilidad para descubrir a los nuevos astros de la ópera.

Esteban había llevado a Juan casi en brazos a su camarín, obligándolo a recostarse en un diván...

—¡Has estado admirable!—exclamó—. ¡Espera que te oigan en la escena final!

—¡No puedo seguir... no puedo!—sollozó Juan.

—¡Sí, sí puedes! ¡Y tienes que hacerlo, Juan, Juanillo! ¿Eres, acaso, un cobarde?

—¡Sí, soy un cobarde!—murmuró Juan sumido en honda desesperación.

—¡Procura no demostrarlo, entonces!—dijo el viejo severamente, tratando de herir el amor propio de su protegido para hacerlo reaccionar.

Dieron el aviso para el segundo acto. Esteban empujó a Juan hacia el escenario.

—¡Aprisa! ¡Es la segunda vez que han dado la señal! ¡Anda, hijo, y canta!—ordenó, empujándole de nuevo a la escena—. ¡Canta mejor que nunca!

El drama se desarrolló hasta llegar a su culminación. Juan había recobrado la fuerzas, asumiendo nuevamente la personalidad de *Canio*. Descubrió la intriga de *Tonio* y *Nedda* y se enfureció como el rol lo exigía, pasando después de la ira al desgarramiento incurable del corazón al hundir el cuchillo en el pecho de su amada. El auditorio estaba suspenso de admiración hasta que cayó el telón en la escena final, reso-

nando todavía una carcajada demoníaca.

La concurrencia entera se puso en pie aclamando al nuevo tenor. Después de los saludos obligatorios, Juan se retiró a su camarín acompañado de Esteban.

—¡Eres tan gran cantante como yo me lo esperaba!—exclamó el Tío Esteban, loco de alegría—. ¡Jamás he oído cantar la parte de *Canio* como esta noche!

El joven no escuchaba siquiera estas alabanzas, ni levantó la vista cuando sonó un golpecito discreto a la puerta. Era Mischa.

—¡Qué gran noche, Esteban, qué gran noche para vosotros dos!—exclamó el empresario.

—¿Qué le dije a usted, Mischa?—replicó Esteban, incapaz de refrenar su alegría, recordando su insistencia el día de la prueba.

—Nunca habría creído que era la misma voz. ¿En qué ha consistido?

—Pues... que... vamos, es difícil de explicar.

—¿No podría ver al triunfador un momento? Quisiera arreglar un contrato.

—Bueno... pero un minuto nada más. El muchacho está algo mareadillo.

Juan estaba sentado en una silla, con la cabeza hundida entre sus manos, sobre la mesa tocador.

—¡Mi felicitación joven! Ha obtenido usted un gran triunfo, de esos que hacen época—dijo Mischa, radiante—.

Los estudiantes se van a disputar el honor de arrastrar su carruaje.

—¡Mi carruaje! ¡Una tartana de alquiler!—murmuró Juan, irónicamente.

—¡Mejor que mejor!—exclamó el empresario—. Será mucho más romántico, y los periodistas se ocuparán de ello cariñosamente. ¡Esta será la última vez que monta usted en coche de punto!

Se frotó las manos regocijadamente.

—Juan, te felicita el señor—le dijo el Tío Esteban, sacudiéndolo de los hombros. Juan no se movió. Los dos hombres cambiaron una mirada—. El señor Mischa quiere ofrecerte un contrato, Juan—murmuró Esteban al oído de su protegido.

Juan hizo claramente un gesto de hastío. Esta vez el empresario se quedó perplejo. Esteban le hizo señas de que saliera. En la puerta, le dijo en voz baja:

—Deje usted el asunto en mis manos, Mischa. Yo lo arreglaré.

Cuando estuvieron solos, Esteban rodeó con su brazo el cuello de Juan.

—¿Qué es esto, hijo? ¿No estás contento? ¿No te sientes feliz de tu triunfo? ¿No te haces cargo de que ya puedes tener todo lo que quieras?

—Ya, ya me entero.

—Entonces, Juan...

—Quiero... ¡quiero regresar a Sevilla! Quiero... ¡no sé yo mismo lo que quiero!—acabó sollozando.

XIX

El pesar que devoraba el corazón de Juan no se mitigó con el transcurso de los días. Esteban le proporcionaba los periódicos, llenos de alabanzas. Se había hecho famoso, decían. A Juan no le importaba nada. Un contrato del Teatro Real de la Opera yacía tirado sobre la mesa, sin firmarse.

—El sufrimiento le está matando—dijo la Rumbarita a Esteban—. Esto no puede prolongarse por mucho tiempo.

Esteban no contestó. Había ensayado todos los medios posibles para levantar el ánimo de Juan.

Cierta mañana volvió el joven a insistir en su deseo de regresar a Sevilla.

—¡Pero si tu labor está aquí!—protestó Esteban.

—Me voy a Sevilla—contestó Juan con voz opaca.

Esteban y Rumbarita discutieron el asunto, resolviendo al cabo hacer lo que el joven anhelaba.

—Estará cerca de ella, aunque no pueda verla—dijo Lulú—. Eso lo salvará de volverse loco. Tienes que cargarte de paciencia, Esteban. ¿Qué significa un mes más, después de todo? Ya volveréis tan pronto como esté en condiciones de proseguir su carrera.

De acuerdo con los deseos de Juan, él y Tío Esteban se instalaron en su antigua vivienda en Sevilla. Era una especie de consuelo para el joven encontrarse cerca de María. En las altas horas de la noche, cuando se había cerrado el Café de la Mariposa, rondaba Juan la calle del convento y se pasaba horas enteras contemplando el viejo árbol en que María se había subido a escucharle. A menudo se preguntaba si ella trataría aún de oír su voz en el Café de la Mariposa. Podía buscar empleo allí; pero eso sería solamente ahondar la herida en el corazón de su amada.

Esteban veía con pesar cómo adelgazaba Juan de día en día y cuán indiferente se mostraba a todo en la vida. Esforzabase en prepararle los apetitosos platos que en otro tiempo le tentaban; pero Juan los probaba apenas, rechazando luego el alimento con ademán de hastío.

—¡Pero necesitas comer!—insistía Tío Esteban—. ¡No puedes vivir así, hijo mío!

—Tal vez no quiero vivir—replicaba él sombríamente.

Apenas supo su regreso, Lola había

tratado de reanudar su amistad, pero Juan la repudió.

—¡No vuelvas más por esta casa!—le había gritado, furioso.

Ella había iniciado durante la ausencia de Juan otro asuntillo amoroso; pero lo rompió muy pronto, comprendiendo, mal de su grado, que Juan era el único hombre que le interesaba.

Cierta noche lo encontró en la calle y se conmovió al ver lo flaco y demacrado que estaba. Caminaba como un autómata y su rostro tenía una palidez de espectro a la luz de la luna. Vió Lola que cruzaba la calle, en dirección a su casa.

—¡Buen provecho!...—exclamó ella cólerica—. Pero... ¡Virgen Santa, yo lo quiero todavía! ¿Qué haré, Madre mía, qué haré?

Lola procedía de ordinario sin pensar. Aquella noche, sin embargo, pensar y hacer fué todo uno. Tomando la vía más corta, llegó a casa de Juan antes que él.

Era más de media noche. Esteban se había retirado a dormir, dejando la puerta sin cerrar con llave, para que entrase Juan. Lola se deslizó sin ruido y se acurrucó en una silla para esperar la llegada del joven. Poco después le oyó entrar pausadamente, arrastrando los pies. La luz de la lámpara estaba muy baja, y la sala se encontraba en semiobscuridad. Juan levantó la mecha y tiró su sombrero al azar, cuando la divisó. Ella esperaba que se enfadase, pero él sacudió simplemente la cabeza con aire de cansancio.

—¿Qué has venido a hacer aquí, Lola?—preguntó.

—Todo el mundo dice que te estás volviendo loco.

El sonrió amargamente.

—¿Y aunque así fuera, qué se te da a ti?

—No debería dárseme nada—dijo ella, ensayando la ternura—; pero se me da, no sé por qué, Juan... No me gusta que la gente se ría de ti.

—Déjalos que se rían.

—¿Estás siempre enamorado de ella, Juan? ¿No puedes olvidarla?

—No, nunca — repuso tristemente—. La he perdido para siempre... pero siempre me acompañará su recuerdo.

Lola se levantó y se puso a caminar violentamente de arriba abajo. Volvióse a él de repente, con los ojos desorbitados.

—¡Estás enamorado de una sombra!—exclamó—. ¡Del aire! ¡Olvidala, Juan, olvidala! Mira, Juan — añadió, estrechándose contra él—; aquí estoy yo, viva, muriéndome por tu amor. ¡Acuérdate! Eramos felices en otro tiempo... ¡Bésame, Juan... ámame otra vez!

Le cogió la cara entre las manos. Estaba fría: ni rastros del fuego que ella sabía encender en otro tiempo. Lola dejó caer las manos y se echó hacia atrás, comprendiendo que había perdido. En su semblante se revelaba el conflicto de las más encontradas emociones. Oyó que el joven murmuraba:

—Es inútil, Lola. Seamos buenos amigos... Lola, la verdad es que nunca te he querido.

—¿No?—preguntó ella, echando fuego por los ojos.

—No.

—¿Conque no puedes olvidar a tu palomita del convento, eh? — gritó ella, consumida por los celos—. ¡Por éstas, que no me olvidarás a mí tampoco!

Y cogiendo rápidamente un cuchillo, lo hundió en el pecho de Juan. Quedó allí, horrorizada, viendo como él se tambaleaba y caía hacia atrás sobre la silla. Veláronse los ojos de Juan, que mantenía fijos en los de Lola. Ella le vió sonreír y llevarse la mano al corazón.

—El corazón... está más arriba — murmuró él, perdiendo el conocimiento.

Un grito de espanto brotó de los labios de Lola.

—¡Juan! ¡Juan!—exclamó delirante—. ¡Perdóname, Juan!

La cabeza de él cayó sobre su pecho.

—¡Oh! — gimió ella—. ¡Oh, Virgen Santa! ¿Qué es lo que he hecho? ¡Esteban, Esteban! ¡Pronto!

Tío Esteban se precipitó en el cuarto en bata de noche. Quedó aterrado ante la realidad.

—¡Tú, tú! — gritó frenético—. ¡Tú has hecho eso, maldita! ¡Lo has matado!

Arrancó el cuchillo de la herida y levantando a Juan delicadamente entre sus brazos lo llevó a la cama, llamándole con mil nombres cariñosos y rogándole que le contestara.

Lola sintió que se le doblaban las piernas y cayó a tierra hecha un ovillo.

—¡Juan, Juan, Juan!—suspiró.

Sus palabras se perdieron en un murmullo ahogado y, doblando la cabeza, desmayóse.

CAPITULO XX

La herida de Juan se cerró, gracias a los cuidados de Tío Esteban, pero el joven no se curó. Permanecía horas enteras sin decir palabra, con los ojos fijos en el techo. Esteban no sabía qué hacer para arrancarlo a la inercia y la desesperación que lo agobiaban.

Un día llegó una carta de Mischa, preguntando cuándo estaría Juan dispuesto a regresar a Madrid. El la tiró a un lado con indiferencia. Tío Esteban comenzó a perder los estribos.

—Juanillo, dejémonos ya de tonterías. Tu herida ha cicatrizado. ¡No tienes nada... y, sin embargo, te pasas ahí la vida acostado! ¿Es que nunca piensas volver a cantar?

—No se enoje conmigo, Tío Esteban — murmuró Juan.

—No creas que no comprendo lo que has sufrido, hijo; pero acuérdate de todos los que han penado para llegar a valer algo. Nada se alcanza sin sufrir

miento... ni siquiera una buena voz. Es la ley de la vida, dispuesta por Dios. Pero es también ley de Dios que los dolores se curen con el trabajo.

Un ligero golpecito a la puerta hizo volver la cabeza a Esteban. Era Lola, que entraba con una cesta de fruta.

—¿Cómo está hoy, Tío Esteban?—preguntó ansiosamente.

—Igual; lo mismo que todos los días que has venido. ¡Ojalá que no vinieses más!

Lola principió a llorar.

—No te pongas a llorar—dijo él—. A veces no me puedo contener... y después me das lástima. Pero, si no fuera por ti, ya estaría Juan cantando otra vez.

Juan abrió los ojos y miró a Lola. Hacía mucho tiempo que la había perdonado.

—¡Juan! ¡Juan!—suspiró ella—. ¡Háblame!

El sonrió débilmente, y luego cerró los

ojos, con una indiferencia completa por lo que ella pudiera decir. Lola se volvió a Esteban.

—¡Qué pálido está! — exclamó—. ¡Se está muriendo lentamente!

Esteban se mantuvo en silencio.

Oyóse tocar el *Angelus* a lo lejos, en el convento de las Agustinas. Los ojos de Juan se iluminaron, y se levantó a medias para escuchar mejor. —¡María! —le oyeron suspirar—. Y luego:

*¿De qué te sirve vivir
si no estás enamorado?*

Sollozando tristemente, Lola abrió la puerta para que llegase más claro el son de las campanas. De pronto pareció tomar una decisión. "Iré a verla", pensó. "Es necesario que ella sepa lo que está pasando".

Cesaron las campanas y Lola se deslizó al pasillo. Una vez fuera, echó a correr. Corrió y corrió hasta llegar al convento. Preguntó por la hermana Concepción, la tornera. La regordeta monja recordaba a Lola y sorprendióse cuando ésta pidió ver a la Madre Superiora.

—Es muy tarde, hija mía; lo siento mucho—dijo la Hermana.

—Hermanita, necesito verla. ¡Es cuestión de vida o muerte!—suplicó Lola.

—Siendo así, llamaré a nuestra Reverenda Madre—dijo la portera. E hizo pasar a Lola al locutorio, recomendándolo esperara un momento.

Transcurrieron algunos minutos antes de que llegara la Madre Superiora. Se sorprendió tanto como la Hermana tornera al ver a Lola. No fué fácil para Lola exponer su petición. Sabía que era contrario a las reglas del convento que le permitiesen hablar con María Consuelo. Con sorpresa suya, la santa mujer no se negó inmediatamente. Hizo muchas preguntas, y pronto supo toda la historia de los sufrimientos de Juan y de la parte que Lola había tenido en la infelicidad de María.

—¿Comprende usted por qué es necesario que yo le hable?—preguntó Lola.

La Madre Superiora tocó una campanilla, apareciendo al instante la hermana Concepción.

—Haga venir aquí a la postulante María Consuelo—ordenó—. Y luego, a Lola:

—Usted comprenderá que es muy irregular que la deje hablar con ella; pero me parece necesario, y asumo la responsabilidad.

Lola inclinó la cabeza, esperando ansiosamente la llegada de María. Pasados unos minutos abrióse una puerta y se presentó la joven. Lola dejó escapar un grito de angustia al ver a María Consuelo. No se parecía en nada a la que ella había visto en Madrid. Pálida y delgada, con ojos desprovistos de vida y animación, más parecía una sombra que una criatura real.

—¡Santísima Virgen! — exclamó Lola—. ¡Usted también se está muriendo!

Los ojos de María se dilataron de terror al encontrarse con Lola. Se acercó a la Madre Superiora como buscando protección.

—Hija mía, no temas nada de esta joven — dijo la Reverenda Madre—. No quiere hacerte daño.

—Juan de Dios la quiere a usted y a nadie más que a usted—confesó Lola desesperadamente—. ¡La quiere a usted con el alma, y se está muriendo lo mismo que usted! Lo que vió usted en Madrid no fué más que una treta... para que Juan la hiciera a usted regresar al convento...

Detúvose y miró a la Madre Superiora, como pidiendo su venia para proseguir.

—Continúe usted — dijo la santa mujer—. Dábe saberlo todo.

Una gratitud infinita brilló en los ojos de Lola. Inconscientemente, pedía el perdón para sí misma.

—Juan no se levanta en todo el día de la cama. No habla con nadie. Por las noches la llama a usted, y cuando oye el *Angelus* trata de incorporarse, porque le parece que es usted quien le habla...

No pudo continuar, porque los sollozos la ahogaban. Los ojos de María estaban húmedos también, pero una sonrisa etérea iluminaba su rostro. La Madre Superiora la miró profundamente.

—María Consuelo, ¿quieres ir a verle? — preguntó bondadosamente.

María no respondió al pronto. Anhe-

laba acudir al lado de Juan, pero sus promesas a su madre, a su hermano y su deber para con Dios, la retenían. La tremenda lucha de sus sentimientos se reflejaba en su rostro.

—Si usted no va a su lado, Juan se morirá—sollozó Lola.

—¡Dios mío!—exclamó María, palideciendo más aun.

—Y si él no vive, no podrás tú vivir tampoco, ¿verdad, hija mía? — preguntó la Superiora—. Hay muchos caminos para servir a Dios. La Santa Madre Iglesia sólo nos pide que cumplamos con nuestro deber.

—Pero... ¿y mis votos, Reverenda Madre... y mi hermano?

—Yo hablaré con él — dijo la Superiora—. Si es tan grande tu amor por este joven, no debían haberte traído otra vez con nosotras. Tu deber no está aquí ni es ésta tu vocación. Tú no has

hecho votos, y eres libres de contraer otros deberes. Dejar que se mueran dos personas que pueden ser útiles a Dios en esta vida, es contrario a los designios del Señor.

—¡Madre mía!—exclamó María.

Su rostro estaba transfigurado. La vida fulguraba de nuevo en sus ojos.

—¿Has decidido? — preguntó la santa mujer, con una sonrisa de piedad y comprensión que iluminaba su pálido rostro.

—Iré, Madre mía.

—Muy bien, hija mía. Esta joven te esperará... si tú quieres que te espere.

—¡Oh, por favor! — suplicó Lola—. ¡Permítame usted que al acompañe!

María asintió con la cabeza, agradeciendo lo que Lola había hecho por ella. Antes de media hora, estuvo lista. Había ido a orar por última vez a la gruta de Nuestra Señora de Lourdes. La hermana Concepción abrió la puerta, y María y Lola se encontraron en la calle.

* * *

Cuando llegaron a la casa de Juan, Lola se detuvo.

—Será mejor que entre usted sola—dijo Lola, con lágrimas en los ojos—. Deseo... deseo que sean muy felices. ¿Quiere usted besarme antes de que me vaya?

María rodeó con su brazo la cintura de la joven y la besó con ternura en la frente. Incapaz de pronunciar una palabra, Lola echó a andar apresurada-

mente. María esperó hasta que hubo desaparecido. Luego, trémula de emoción, llamó a la puerta de Juan.

—¿Quién es? — preguntó una voz conocida, la de Tío Esteban. Abrió la puerta... y se frotó los ojos, sin dar crédito a lo que veía.

—¡Tú!—exclamó atónito—. ¡Tú! ¡María! — La estrechó tembloroso entre sus brazos. —¡Has vuelto a nosotros, chi-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

quilla! ¡Dios te bendiga! ¡Oh, cuándo Juan te vea! ¡Vas a salvarle la vida!

—¡Dios mío! ¿Cómo sigue? — preguntó María, ansiosa.

El viejo sonrió.

—Entra, entra tú sola. Si me necesitáis, me llamáis...

María penetró de puntillas. El aposento, que tan bien conocía, le evocó un mundo de recuerdos. En el lecho, cerca de la ventana, yacía Juan con los ojos cerrados y una melancólica sonrisa en los labios empalidecidos. María se acercó sin hacer ruido.

—¡Juan! — murmuró suavemente.

Sus ojos se abrieron lentamente y la miró con calma, creyendo que era una

de las apariciones que tenía a menudo.

—¡Juan! — dijo ella de nuevo.

—¡Tú! — exclamó estupefacto. — ¡María!

Ella cayó de rodillas a su lado.

—¡Mi Juan! — repitió mientras él la estrechaba entre sus brazos.

Juan de Dios renacía. Sus plegarias habían sido escuchadas. ¡María había regresado!

—¡No te irás otra vez, María! — dijo él sonriendo.

—No, Juan. ¡Nada en el mundo podrá ya separarnos!

Y sus labios se unieron en un apasionado beso.

FIN

NOTA DEL EDITOR

Existen dos versiones de esta película. En una de ellas Ramón Novarro canta «Manón» y en la otra «I Pagliacci». En esta narración nos hemos atendido a la versión en que canta «I Pagliacci».

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. — Madrid: Ferraz, 21

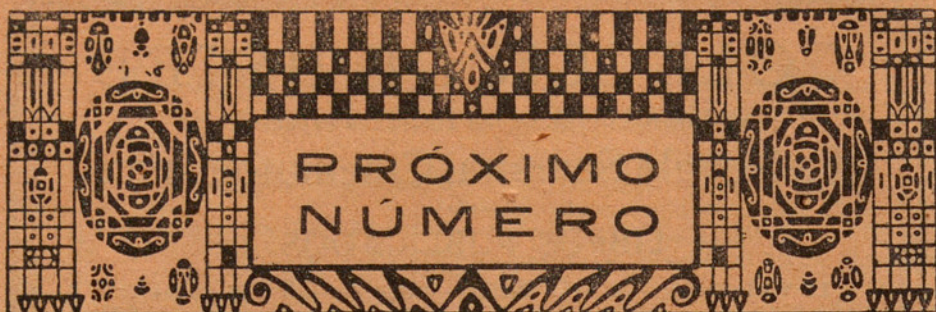
COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zazá.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Tripoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Opera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapur.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina la Holandesita.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Vírgenes modernas.—El Pagano de Tahití.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 98.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceres.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Estepa.—El precio de un beso.—La rapsodia del recuerdo.—Delikatessen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de Infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente... marchen! Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charco.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



La bellísima novela

HORIZONTES NUEVOS

por **Jorge Lewis, Carmen Guerrero**
y otros notables artistas

Asunto totalmente hablado en español

Es un film FOX

Bellísimas ilustraciones en el texto

Precio de la novela **1 peseta**

¡ Ediciones Bistagne publica siempre lo mejor entre lo mejor !

Acontecimiento:

A petición de nuestros queridos lectores, muy en breve aparecerá la 8.^a edición de la formidable novela de la
METRO - GOLDWYN - MAYER

BEN - HUR

La novela íntegra, tal como se publicó en la primera edición a 1'50 ptas., con las mejores ilustraciones de la película y la misma portada, al precio popular de **UNA peseta**, a fin de que dicha novela, tan amena y moral, no falte en ninguna biblioteca.

Hágase reservar desde ahora por su librero esta novela

BEN - HUR

por **Ramón Novarro**
y **May Mac Avoy**

Números publicados de gran éxito:

EL PRECIO DE UN BESO

por José Mojica y Mona Maris
(6 ediciones)

DEL MISMO BARRO

por Mona Maris y Juan Torena
(6 ediciones)

LADRÓN DE AMOR

por José Mojica y Mona Maris
(2 ediciones)

EL VALIENTE

por Juan Torena
(2 ediciones)

EL PRESIDIO

por José Crespo
(2 ediciones, agotándose ya la segunda edición)

ROMANCE

por Greta Garbo y Lewis Stone

EL GRAN CHARCO

por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

TEMPESTAD

por John Barrymore y Camila Horn

EL DIOS DEL MAR

por Ramón Pereda y Rosita Moreno

ANNE CHRISTIE

por Greta Garbo

Al éxito indiscutible de las **Biografías** y colección de 6 postales de

José Mojica
Maurice Chevalier
y **Greta Garbo**

seguirá esta semana la del famoso actor

Ramón Novarro

Numerosas fotografías · Curiosas anécdotas

¿Con quién se casará Ramón Novarro?

Postal con autógrafo. Lujosa portada

Precio: 50 céntimos

y la **colección de 6 postales** de

Juan Torena

en otras tantas escenas de amor. Véalas y no dejará de adquirirlas.

Precio: 30 céntimos



LECTOR: Si desea algún número atrasado de cualquiera de las EDICIONES BISTAGNE, sírvase pedirlo y se lo serviremos a vuelta de correo, previo envío de su importe en sellos o por giro postal.

EB

Precio: UNA peseta